EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL CURA

DE

SAN ANTONIO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. CEFERINO PALENCIA.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1879.

520; 5

EL CURA DE SAN ANTONIO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON CEFERINO PALENCIA.

Representada por primera vez, con extraordinario éxito, en el Teatro de la COMEDIA la noche del 20 de Marzo de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
BALBINA	Sra. Tubau.
ASUNCION	Srta. Mendoza.
DOÑA BLASA	Sra. Valverde.
FRASQUITO	Sres. Mario.
DON ANDRÉS	Aguirre.
DON ROMAN	Ballesteros.
FRUTOS	Zamacois.
LUIS	Viñas.

La accion en Segovia.—Época actual.

La representacion de esta obra ha sido autorizada por el señor Ministro de la Gobernacion.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR DON DIEGO LUQUE.

Mi respetable y queridísimo amigo: (1) Un dia, (ya se han pasado tres años) con el atrevimiento inherente á la ignorancia, con la inexperiencia propia de mi edad, presentéme ante usted albergando la ridícula pretension de querer ser autor dramático.

El caudal de conocimientos de que yo disponía para realizar tan elevado fin, era escasísimo ó más bien ninguno; únicamente venían en mi apoyo un vivísimo deseo de saber, una fé inquebrantable y una ilimitada y decidida aficion á todo lo que con el Teatro se relaciona.

Usted (cegado sin duda por el entusiasmo que yo manifestaba), no quiso desvanecer con una sola frase lo que era mi única ilusion, el sueño dorado de mi vida: «con estudio, con constancia, me dijo, llegará V. á ocupar un puesto entre nuestros escritores dramáticos.» ¡Ah! ¡Dios premie á V., mi querido Diego, el bien que aquella noche me hizo, ya que la gratitud y el reconocimiento de toda mi vida son insuficiente paga á tan grande como inmerecido beneficio!.

La noche del 20 de Marzo vino á cumplir su profe-

---

(1) Perdone usted, Sr. D. Diego, si me permito publicar mi carta-dedicatoria sin retirar de ella todas las frases que con su excesiva modestia me rechazó, siendo con V. por primera y única vez desobediente, y la libertad que me tomo de publicar al pie de ella la contestacion de V. que en adelante ha de ser mi credo literario.

cía, y á realizar todas mis aspiraciones, probando así cuánto puede en el hombre la voluntad, si á esta van unidas la fé y la perseverancia.

Pero por lo mismo que la empresa era tan grande y yo tan pequeño ¡qué de obstáculos he tenido que vencer para poder llegar á darla cima! obstáculos ante los cuales yo me hubiera estrellado mil veces sin V., sin su generosa proteccion.

Cuantas veces he vacilado, otras tantas he encontrado en V. cariñosas frases que me obligaban á continuar en mi propósito; cuantas veces las fuerzas me faltaban, V. con su poderoso aliento, con su vastísima erudicion, con sus infinitos consejos é instrucciones, lograba reanimar mi pobre y decaido espíritu.

¿Á quién pues pertenece esta obra? á V. más que á mí.

Permítame que como pequeñísima prueba del entrañable cariño que le profeso y de la respetuosa veneracion que su nombre me inspira, estampe este al frente de estas páginas, por más que al otorgarme tal distincion aumente con ello el sin número de favores que nunca sabrá agradecer lo bastante el que se declara su eterno reconocido:

CEFERINO PALENCIA.

«En nuestro sistema literario no admitimos nada absoluto, y por eso tenemos mas fé en el sentimiento que en las reglas dogmáticas, y quizás arbitrarias, en que los críticos quieren que se busque siempre la belleza.

Al teatro, sobre todos los demas géneros de poesía, es aplicable nuestra opinion.»

D. Agustin Duran.

Mi muy querido Ceferino: Acepto gustoso la honra de que mi nombre figure en una de las primeras páginas de su excelente comedia, pero no sin imponerle ciertas condiciones que espero ver cumplidas con la misma ciega obediencia de que hasta ahora me ha dado tan repetidas pruebas.

La primera es, que al dedicarme la obra no lo ha de hacer V. en la forma en que lo está la cariñosa carta en la que esta autorizacion me pide, pues en manera alguna merezco las frases que en ella me dirige. Deseo sin embargo que consigne lisa y llanamente que ha escuchado mis pobres consejos por haber visto en un papel público, que contra V. se ha desatado con inusitada inquina, embozados anatemas al que supone su consejero, y yo, que estoy orgulloso de que V. se acordara de mi humilde persona para consultarme su primera obra, y que quiero compartir con V. los palos que le dirige el hidrófobo articulista, le suplico lance mi nombre á la vergüenza pública para saludable y ejemplar castigo.

No tengo la ridiculez de creerme infalible, y por lo

tanto no estoy lejos de suponer que la parte mala, que indudablemente hay en su obra, como sucede en todas las humanas, es hija de mis desacertados consejos, y acepto con resignacion la responsabilidad, y Dios me ilumine si llega el caso de que en trance igual me halle para no volver á crispar de nuevo los delicados nervios de tan sabio crítico, admiracion de los tiempos felices que corremos, y digno en todos los conceptos de la envidiable fama que le está reservada en los futuros siglos.

Otra condicion me atrevo á imponerle, y en ella verá V. que sigo siendo machacon y testarudo á pesar de los recibidos palos del flamante preceptista, y es que siga en adelante la senda iniciada en su primera obra, pues siento unas como ganas de recibir en la próxima temporada teatral media docena de palizas como la de marras, á trueque de que usted presente al público igual número de obras, pensadas con el acierto y la buena intencion que lo ha hecho en la ocasion que esta carta motiva. Asáltame no obstante el recelo, á pesar de que tengo completa fé en su perseverancia de V., de que éste mi deseo no se cumpla, porque se me viene á la memoria aquello de que *de sabios es el mudar consejo*, y como yo por no serlo estoy privado de pensar mañana de distinta manera que hoy, y he de seguir aconsejándole lo mismo que hasta aquí, es muy fácil que me encuentre con que el sapientísimo revistero halle bien en el próximo, lo que en el presente año le pareció mal, achaque propio del mucho saber, de lo que con harta frecuencia nos están dando ejemplo los afortunados émulos de Salomon, que tanto pululan en ésta nuestra venturosa patria.

Excomulgado y todo, ya ve V. que aún tengo humor para andarme con *chafalditas*, y que mi supina ignorancia no me priva de la facultad de reconocer en otros lo que Dios se ha servido negarme.

No le extrañe á V. el tono en que le hablo, pues en el temporal que corremos estoy convencido de que es hombre al agua aquel que en serio tome ciertas cosas, y yo no quiero morir ahogado.

Tiempo vendrá, mi mal aconsejado amigo, en el que no sea moneda corriente la palabrería, y en el que las aguas puras y cristalinas no se puedan confundir con las cenagosas del tremendo aluvion en que hoy nos vemos envueltos.

Estamos en plena lucha de prácticos y teóricos, lucha iniciada hace mucho tiempo, y en la que el triunfo definitivo, no lo dude V., será de aquellos que con sus hechos derroten al vocinglero enemigo que, ¡para tristeza suya! tiene que esperar á que V. acabe su trabajo para ver cómo de sus descuidos de V. y de los de sus laboriosos compañeros, logra forjarse un abigarrado arnés con el que poderse pavonear en el palenque ante la muchedumbre indocta.

Á V. le ha dotado el cielo de condiciones creadoras, y marcado tiene el puesto que le corresponde en el combate.

Si amordazado por el respeto que á la prensa se le debe no le es permitido ni aun quejarse del mal humorado portero, que le ha cabido á V. en suerte encontrarse al hacer tan gallardamente su primera entrada en el mundo de las letras, no se intimide V. por ello, que cuando el público, único y perpétuo dictador de la república á que hoy ya V. pertenece, le haya sancionado con sus aplausos en el puesto que V. se conquistó la noche del 20 de Marzo próximo pasado; el tal cancervero con sus orejas gachas tendrá que hacerle las cortesías que la etiqueta y la urbanidad disponen, diciendo para su gaban ó chaquet á fuer de hombre honrado: «si obré mal como portero vive Dios que me lucí como profeta.»

Adelante, pues, y fé y constancia, como en mis tiempos se decía á todo el que fijaba por primera vez su vacilante planta en la literaria arena.

Alentar á la juventud es muy grata mision; lo sé por propia experiencia, y que suele producir inefable recompensa. De mí sé decir que no hay dia que no vea con regocijo estampados en carteles y periódicos nombres que hoy todo el mundo se sabe de memoria, y que oimos un dia pronunciar tímidamente por primera vez por aquellos que los llevan á los que animamos y tratamos de ocultar las espinas que brotaban en el sendero que emprendían con el fin de que llegasen con valor á realizar sus dorados ensueños.

Si se los citara á V., amigo mio, rasgo de vanidad parecería en mí, y si consigno los hechos es sólo para dar fuerza á la opinion de los que sostienen que mejor maestro es aquel que sabe hacer amable el trabajo á sus discípulos, áun cuando su ciencia sea poca ó ninguna, que un Séneca armado de disciplinas y palmetas.

Ahora está usted más obligado que nunca. Tiene usted que dar un rotundo mentís á ciertas especiotas del que, por causas que no adivino, se trasformó en pedagogo irascible para V. y del que en otros casos me cuentan mil lindezas. Cómo ha de ser, un mal momento todo el mundo lo tiene.

Tres caminos se le presentan expeditos hoy al que al Teatro se encamina. El primero, el más productivo sin duda alguna, es el de halagar los malos instintos de la parte del público extraviada del buen gusto, siguiendo su corriente sin matarse para inventar una fábula y darle forma culta. Esto, sobre ser cómodo, se encuentra siempre hecho.

Récipe: Con hacer algun que otro viajillo á la capita de la vecina república en donde á maravilla saben con-

feccionar estos potajes para un auditorio cosmopolita, que aunque compuesto tal vez de lo mejor de cada casa, cuando allí va lo hace, en su mayoría, con el no muy santo fin de echar una cana al aire, aun cuando este sea el del más descompuesto cancan de las desventuradas alumnas de Maville; con hacer alarde de no saber ni aun en donde está la calle de Valverde, dejando medio en francés uno de aquellos enjendros traspirenáicos; cuidándose de que los actores no estén un punto quietos en la escena y hablen con rapidez á salga lo que salga, sin olvidarse por supuesto de dar mucha intencion maligna á determinadas palabras... cátate á Periquito hecho fraile, es decir, con un autor de fuste y fama, sobre todo si la empresa y los actores se han gastado un dineral en trajes muy bonitos, cuidándose las actrices de usar muy poca tela. Es probado.

El de los genios de á última hora es el segundo. Estos innovadores, para quienes nuestro Cadalso es niño de teta, *neo-románticos, ultra-realistas* á la vez, adelantándose al cachazudo municipio de esta coronada villa han trasformado en una inmensa necrópolis nuestra escena en la que se revuelven y agitan con el consolador y humano fin de hacer ver al hombre que de la calle de la Pasa á la eternidad no hay más que un paso, pues el medio más seguro, segun ellos, de morir á mano armada es contraer matrimonio, digo adulterio (porque en su Diccionario estas palabras son inónimas), de donde lógicamente se deduce que cuando algun desdichado dice: «mi santa madre, mi honrada esposa y mi inocente hija,» está probando que desconoce por completo el corazon humano, y que el infeliz marcha á la zaga de los últimos y salvadores descubrimientos de estos nuevos Colones del mundo del espanto y la perfidia, á los que desearíamos, para que pudieran trabajar con más reposo y sosiego en

su gran obra, que la naturaleza los hubiera hecho nacer como á los hongos.

Los autores que esta escuela siguen llevan el éxito aparejado, sobre todo si tienen la fortuna de poner sus obras en las fornidas manos de actores blindados, y estos las representan ante un auditorio abezado á los petardos y á los conciertos de la música de lo porvenir; pues es otra verdad de las modernamente descubiertas, que la deshonra aclara y robustece la voz y necesariamente un drama en el que el protagonista es un Vulcano, los sordos han de oirlo.

Este género sólo tiene una quiebra, y no de las que la mecánica suele reparar. Sus éxitos se parecen mucho á los fuegos fátuos, cosa natural y fenómeno que la ciencia explica por estar basado en la hacinacion de cadáveres, y sabido es que pasado cierto período de tiempo dejan de producirse dichas emanaciones de aquellos y se hacen necesarias materias nuevas.

Y aquí debiera hacer punto y no tratar más de tanta pudredumbre, si un sentimiento de justicia no me hiciera cambiar de tono para pedir á Dios, poniendo por intercesores á los padres de nuestro sin igual teatro, (el primero del mundo un dia), á Lope y Calderon, Alarcon y Tirso, que toque en el corazon á los que dotados de verdadero genio siguen esta senda, entre los que se cuenta alguno que con sólo apartarse de ella al cambiar de rumbo elevaría á nuestra hoy cadavérica escena á tanta altura que en el mismo sol llegaría á darla asiento.

Quédame sólo mostrarle el tercer camino, el más espinoso sin duda alguna en estos momentos, y el que, pecador impenitente, deseo siga V. aun cuando al oirme se desaten contra mí las furias infernales.

Ya sé que para muchos es como si me oyeran aconsejarle á V. que plantase palmeras, verdadera antítesis de

suscribirse al Banco de España, tomando parte en esa llamada operacion de bonos, pero algo se le ha de dispensar al que va camino de Villavieja, del que no puede retroceder, cada vez más firme en sus creencias á pesar de que observa contristado que *Dulcinea no parece.*

El de la tradicion, mi buen Palencia, es el único á mi ver. Aún se conserva vivo el sagrado fuego que sostuvieron vigorosamente muchos que por fortuna aún existen, y otros que ayer murieron, y entre estos uno del que sombra fuí, al que constantemente acompañé en su penosa peregrinacion por esta vida. ¡Pobre Luis mio!

Senda de abrojos es la que le indico; estos brotan en los caminos abandonados, y raro es el viandante que por ella se atreve á penetrar, por lo que aquellas espinosas plantas crecen á su sabor.

Brújula no le falta; miles y miles de admirables obras indicándole la ruta están; el fin no puede ser más glorioso. ¡En marcha! Guiarle no puedo. Sólo cual otro Cirineo alguna vez intenté emprenderle. Ya le sigo.

¡Qué hermoso es conmover á un auditorio; arrancarle raudales de lágrimas de ternura al mostrarle el bien para que no llegue á envilecerse y lograr apartarle de un error! ¡Qué delicioso auyentar de sus almas contristadas la terrible melancolía que las consume por medio de ficciones sazonadas por ática sal que mueve á regocijada risa sin ofender á la pudorosa niña ni sonrojar á su experta y embelesada madre! ¡Qué noble mostrar al legislador costumbres que reclaman nuevas leyes! ¡Qué grande decir á un pueblo: «esto tus padres fueron, esto tus reyes; sé como aquellos y aprende lo que de tí será mañana en lo que fué el ayer que yo te muestro!... Y todo so color de pasatiempo, sin que llegue á notar se le adoctrina, pues la dulce libertad es para el hombre tesoro que acaricia como avaro, y cual con el juguete el niño, sólo pres-

cinde de ella inadvertido cuando cree notar que nadie en arrebatársela forma empeño.

El verdadero arte estriba en adelantarse al mal y en hacer que el enfermo ignore que en las manos está del que es su médico que, cauto y previsor, en el cuotidiano pan mezclarle supo el oportuno y eficaz contraveneno.

¡Qué maravilla forjar con la propia fantasía seres perfectos que ejemplo puedan ser á las edades venideras, y que en la revuelta de los tiempos se confundan con los que las historias nos legaron, que positiva y real vida tuvieron! ¡Esto es ser autor! ¡Este es el arte!

«Si el teatro no enseña y no consuela, más que ministerio de hombres honrados, es oficio de bufones.»

Esto hizo decir nuestro innolvidable Eguilaz á uno de los personajes de una de sus más notables obras, y esto quiero que lo grabe V. en su memoria.

Ya sé que es fácil me salga V. al camino, recordándome el estado actual de nuestras compañías cómicas y la perversion del gusto de la mayor parte de los que á los negocios teatrales se dedican, causa y no otra del quebranto de sus intereses, por lo que V. desmaya y vacila á pesar de los aplausos que le prodigó el público y que aún deben estar resonando en sus oidos. Pues esas y otras muchas contrariedades son las espinas de que desde el principio le vengo hablando, contra las cuales aún se encuentran bien templadas armaduras, y alguna que otra protectora egida. Como de molde hemos entrado en este órden de ideas, pues ya me parecía que me faltaba tiempo para estampar aquí el nombre del adalid que le llevó á la victoria en su primera empresa, y contra el que tambien ha descargado descomunales golpes el desatalentado caballero de quien tanto nos ocupamos no hace mucho.

—¡Ay, amigo Mário, si buena accion hizo V., buenos

azotes le ha costado! Verdad es que á esto ya debe haberse ido acostumbrando, pues con los años que lleva de regir y comandar un coliseo, mundillo en el que el estado social perfectamente se refleja, nada le espantará; y sobre todo, no es para V. nueva la idea de que en este país en que vivimos, hasta la accion que parezca más inocente y trivial tiene su historia.

Muchos años ántes de aquel en que se me ocurrió llevarlo á usted al teatro, ya gobernaba yo, no sé si decir pacíficamente, uno. Por mi fortuna ó mi desgracia, pasé sin la más leve intermision desde el de mi casa, en el que manejaba á mi antojo las figuras, como todos hemos hecho cuando niños, al único de la poblacion para dirigir á actores, harina que fué para mí de bien distinto costal. Luégo en Madrid... ¿Más á dónde voy? Hablabámos de V., y el indigesto *yo* se puso en mi camino.—¿Por dónde iba? Ah! sí. De historias secretas estábamos hablando; hojas, amargas casi siempre, del árbol de nuestra vida, y de las que sólo puede á veces quitarnos el mal gusto el tranquilizador jarope de *estar en el secreto* y la satisfaccion de poder en ellas envolver especias.

Oir con placentero rostro leer una obra á un poeta novel, estrechar con efusion su mano, mandar sacar en el acto los papeles, dejar pasar solo tres dias, (fueron los del carnaval), y ensayar sin tregua ni descanso la comedia en que un jóven, y tal vez una familia, todas sus esperanzas tenía puestas, representarla muy bien dentro de la mejor de las escuelas, logrando que el público una y otra noche, la aplaudiera é hiciera á la escena salir á los actores y al poeta... ¡Este su crímen es! ¡Caballeros! ¿Y el de la triste figura por qué se incomodó? Averigüelo Vargas! Puede ser tal vez que ese lo sepa.

Con cuánto orgullo recibiría V., amigo Mário, el primer abrazo del aturdido jóven que ni se atrevería á

creer fuera verdad que alborozado el público quería saber su nombre y verlo en la escena con insistencia una y otra vez! Dios se lo pague á V., ya que es V. tan feliz que puede hacer esos milagros, pues si alguno levantara la cabeza á milagro sin duda lo achacaría; que lo imposible empezaba en otros tiempos cuando el autor ponía «*fin*» en su comedia.

Ladren pues á la luna cuanto quieran los que condenados viven á ser siempre polilla. Vengan al *redondel*. La capa al brazo, esperándolos estamos á ver si con valor se atreven á citar á la noble fiera y esperarla serenos, jugar con ella y salir ilesos. Pero no vendrán! Desde el tendido todos Montes son. ¡Cómo se aplanan si alguna vez descienden á la arena! Entre el *decir* y el *hacer* media lo infinito.

¡Sombra del buen Durun, yo no te olvido! ¿Cómo negarte yo? Tú *hacías*!

Tú diste libertad á nuestra escena! Tú con tu pluma rompiste el hielo del clasicismo que aprisionaba al génio español que hasta las nubes remontó su vuelo!

Él nos legó formando un cuerpo la fuente de nuestro gran caudal. ¡El romancero! (Hasta ahora, amigo Ceferirino, no todos sabían de quién hablando estaba: conozco el paño y sé que para la mayoría priva el extranjero.)

Sin don Agustin, Hartzenbusch y Guerra, ¡cuántas, cosas, Señor, no se sabrían!

Una quiero yo decirle, aunque tan indigno de ellos, para que en sus estudios la tenga muy presente.

Somos muy ricos, pero no tenemos inventarios hechos en los que se deslinde lo que es verdaderamente encarnacion de nuestro pueblo. Uno que me formé para mi uso, le voy á usted á dar tan atrevido y conciso como cierto.

«Un Romancero, un Teatro y un Quijote.» Lo demas, créame V., eso no es nuestro!

Mucho tiene usted aún que aprender, y nunca llegará á saber lo bastante si al Teatro sigue dedicando sus desvelos y prosigue la senda comenzada. No le engrian los aplausos ni desfallezca por los obstáculos que encuentre en el camino, y en no lejano dia un puesto envidiable alcanzará entre los mejores que hoy honran nuestra escena.

La originalidad de su comedia, su sana intencion, lo bien sostenido de los carácteres, útiles y necesarios todos al desarrollo del pensamiento que se propuso, (perfectamente planteado desde las primeras escenas), el donaire y concision de más de un pasaje de la obra, la novedad de muchos de los recursos que en ella emplea, me lo hacen así esperar. Quien sabiendo lo que debe ser el teatro no lo vea, es que no quiere verlo, ó que ofuscado tal vez le tienen las trivialidades que todos los dias le ofrecen los muchos que solo por oficio en la actualidad escriben ó aturdido está por los absurdos repugnantes que á gritos le hacen oir los que la esfera del arte avasallar intentan con sus monstruosas creaciones.

Algo debiera decirle que con la forma se relaciona, pero no todo se aprende en sólo un dia, y esa es tal vez la más penosa y delicada cuestion. Hay quien pretende que todos los personajes de un escénico poema del buen decir dechado sean, aunque de clase y condicion distintas, letrado ó menestral, andaluz ó castellano, conformes todos hasta en lo que aún no lo están los que ocupan los codiciados escaños de la Real Academia de la lengua.

Pobre Moratin, si *doña Irene* como *Calamocha* hablase, y *D. Diego* y *D. Cárlos* como *Rita*, y pobres actores los que representar intentaran comedia tan singular!

Mucho cuidado con las llamadas hoy por algunos *bien escritas*, pues suelen ser las que peor lo están.

En esta sempiterna cuestion, amigo mio, no hay más que seguir á los maestros que *supieron escribirlas* y que con sus *hechos* dictadas nos dejaron reglas. ¿Cuáles éstos son? Aquellos á quienes el constante aplauso y la unánime admiracion de los hombres doctos como modelos señaló y que fuera están ya de duda y de combate.

En el teatro nunca debe hablar el autor, siempre sus personajes. Y esto, que trasciende á Pero Grullo, nunca lo olvide V. No se dé V. prisa en sacar á la escena á un académico.

Jamás debe pronunciarse en ella palabra ó frase que delante de niños y gente culta no sea costumbre decir. (Aun cuando esto último sabido está que no va con V., por desgracia en el dia alcanza á muchos.)

En resúmen: nuestra escuela espera mucho de V. y aplaude sus primicias y gozosa le da la bien venida. El tiempo dirá quién tuvo razon, si esta ó la *nea*.

Si el amor de mi vida fué la escena y como enamorado no sé lo que me digo, y mis ideas contrarían las de algunos, cortesmente me atrevo á suplicarles me dejen en mi error, porque harto sufro con lo que viendo estoy que amenaza minar por sus cimientos el templo á cuyas puertas pasé mis dias extasiado al oir los aplausos que dentro de aquel recinto resonaban tributados al genio de los que salvar lograron sus umbrales y que siempre vedado le fué á

DIEGO LUQUE.

(Madrid 20 de Abril de 1879.)

ACTO PRIMERO.

Decoracion de sala de confianza ó de familia en una casa solariega de Segovia.—Balcon al foro dividido por una columna cilíndrica, y cerrado por puertas vidrieras emplomadas que dejan ver un jardin.—Una puerta á la derecha y dos á la izquierda.—Mezcla extraña de mueblajes antiguos y modernos.—Gran sillon de baqueta á la derecha, costurero y butacas de señora á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

D. ANDRÉS, D. ROMAN, FRASQUITO.

ANDRÉS. Si me parece mentira!...
(Abrazando á D. Roman.)
floja ha sido la sorpresa!
Otro abrazo!
ROMAN. Y ciento y mil!
FRASQ. No hay para mí uno siquiera?
ROMAN. ¿Cómo que no? (Abrazando á Frasquito.)
FRASQ. Vaya un grupo!
Viva mi amo, usté y la guerra!
ROMAN. Ya resolló por la herida.
FRASQ. Herida? por cuál de ellas?
porque tengo unas poquitas.
ANDRÉS. Lo que es el mundo y sus vueltas!
Quién había de decirnos
si no es que loco estuviera,

que despues de quince años
ó más, sí... desde el sesenta,
llegara un dia en que unidos
otra vez se confundieran
nuestros pechos cual solían
con fraternal complacencia?

ROMAN. Es verdad; y qué cambiados!
Ninguno en tí distinguiera
al coronel Castro Nuñez,
temerario en la pelea,
más bravo que el mismo Cid
y más fuerte que un atleta!

ANDRÉS. Ni en tí al físico Peralta
con igual valor que ciencia,
que empuñando el bisturí
y al par que cortaba piernas,
cortaba cabezas moras
y era de ver con qué flema!

ROMAN. Y en Frasquito, ¿quién conoce
al valeroso corneta
fiel modelo de asistentes,
con una sangre...

FRASQ. Flamenca;
es decir, sangre andaluza,
que es una sangre que quema.

ROMAN. Hoy solo queda rescoldo
de aquel fuego.

ANDRÉS. Conque cuenta.
Anoche cuando llegaste
con tu hija,—que es una perla,—
entre paréntesis.

ROMAN. Sí.

ANDRÉS. Quise dejar que durmieras
y descansaras del viaje.
Cómo en Segovia te encuentras?
por qué causa?

ROMAN. Por qué causa?

ANDRÉS. Sí señor.

ROMAN. Pues es pequeña
la de abrazar á un amigo
á quien si mi hermano fuera
más no podría querer?

ANDRÉS. Por eso no más? Aprieta (Abrazándole.)
ROMAN. Á poco de separarnos
tuve una desgracia inmensa:
perdí á Cármen!
ANDRÉS. Pobre Cármen!
Era una santa!
ROMAN. Recuerdas?...
Quedé solo con Balbina,
que es un consuelo á mis penas;
tan santa como su madre,
tan angelical como ella!
Despues fuí al otro mundo.
ANDRÉS. Cómo! ¿has estado en América?
ROMAN. Sí.
FRASQ. Y es verdad lo que dicen?
ROMAN. Qué dicen?
FRASQ. Que hay unas hembras!...
ROMAN. De azuquitar!
FRASQ. De azuquitar?...
y yo que soy de canela!...
ANDRÉS. Pero Frasquito... Roman...
¡que pasais ya de cincuenta!
ROMAN. ¡Mira quien habló!
ANDRÉS. Silencio!...
callad, que si nos oyeran...
FRASQ. Eh!... No hay nadie; estamos solos.
ANDRÉS. Sin embargo...
ROMAN. Buena es esta!
¿á que vas á hacerte el santo?
Como si uno no supiera
que el mozo ántes de casarse ..
¿Qué tal, Frasquito?
FRASQ. Qué fechas!
De recordarlas tan solo...
ANDRÉS. Chist!
ROMAN. Y aquella malagueña?
ANDRÉS. Rosario?
ROMAN. Sí.
ANDRÉS. Está en el cielo!
ROMAN. Sí, sí, ya lo sé.
ANDRÉS. (Afectado.) Dejémosla!
FRASQ. (No le hable usted de Rosario.) (Ap. los dos.)

ROMAN. (Sí, ya veo que se afecta;
no volveré á tormentarle.
Esta pícara conciencia...)
ANDRÉS. Conque vamos, continúa
y déjate de historietas.
¿Á qué fuiste al otro mundo?
ROMAN. Á recoger una herencia.
De regreso ya en Madrid
y cargado de pesetas,
dije: á buscar á Andresillo
y sea lo que Dios quiera:
si vive, ¿qué mayor dicha?
y si es que la Providencia
de otro modo lo ha dispuesto,
ya que otra cosa no pueda,
murmuraré una oracion
sobre su lecho de piedra.
ANDRÉS. Si sigues me haces llorar.
FRASQ. Mi coronel, firmes!
ROMAN. Ea,
hablemos ahora de tí.
ANDRÉS. Pues nada, seguí tu huella.
Tambien pedí mi retiro
á poco que tú salieras,
y tambien perdí á mi esposa.
ROMAN. Recuerdo que estaba enferma.
Erais primos, no es verdad?
ANDRÉS. Y carnales.
ROMAN. (Para sí.) (Mala mezcla.)
Y te viven tus dos hijos?
ANDRÉS. Sí; el mayor está fuera,
pero creo que hoy vendrá.
Tuvo que marchar ahí cerca,
al Espinar; á arreglar
unos asuntos, las rentas...
FRASQ. Está hecho ya un pintor.
ROMAN. Y el otro?
ANDRÉS. El otro...
FRASQ. (Á Roman.) (Un babieca!)
ROMAN. De modo, que aquí metido
en la casa solariega
de los condes tus abuelos...

ANDRÉS. Voy pasando esta existencia
junto con mi hermana Blasa
y mi sobrina hechicera.
ROMAN. Y tú siempre con tu amo?
FRASQ. Si él de su lado no me echa,
pienso morir cual fiel perro
ahí á sus piés...
ROMAN. Buena pieza!
ANDRÉS. (Granujon!)
ROMAN. Tanto le quieres?
FRASQ. Tanto, que... (Detente, lengua.
Está él delante y no es bien
que empiece yo con pamemas.)
¡Hombre! que venga una bala
ahora mismo.
ROMAN. Con qué idea?
FRASQ. Para qué? estando este pecho
en ese pecho no diera.
(Señalando á Andrés.)
ROMAN. (Á Andrés.) Qué alma tiene tan hermosa!
Y qué tal, dime, vocea
tanto como voceaba? (Á Frasquito.)
FRASQ. Ah! eso... cuando se muera
mudará de genio.
ROMAN. Sí.
FRASQ. Todo á toque de corneta.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA BLASA.

BLASA. Felices dias.
ROMAN. Felices,
doña Blasa.
FRASQ. (Á Roman.) (Esta es la vieja
más *vieja* que he conocido
desde que vine á la tierra.)
ROMAN. Se han levantado las niñas?
BLASA. Sí, ya vistiéndose quedan.
Por cierto que Balbinita
no puede abrir la maleta
y pregunta por usted.

ROMAN. Ah, pues voy...
ANDRÉS. Y da la vuelta
pronto, sí? (Váse Roman.)
BLASA. Y usted, Frasquito,
súbame usted de la huerta
un poco de peregil
y unas cuantas cebolletas.
FRASQ. (Esta ya trae algo entre manos,
ni á la gloria voy con ella!) (Váse.)

ESCENA III.

ANDRÉS, BLASA.

BLASA. Ah! por fin estamos solos!
ANDRÉS. Adios! Qué te ocurre?
BLASA. Qué?
Se entró el diablo en esta casa.
(Cogiendo una acuarela que habrá colgada en la pared, y mostrándosela á Andrés.)
ANDRÉS. Pero qué haces?
BLASA. Mira bien.
Fíjate en esta pastora.
ANDRÉS. Vete al diablo!
BLASA. Fíjate!
Esta pastora es la copia
exacta, el retrato fiel
de Balbinita.
ANDRÉS. La hija
de Roman?
BLASA. Cabales, pues!
De lo cual deduzco yo
que Luis la ha visto otra vez,
que está enamorado de ella,
que es artista aunque novel,
y todo artista en sus obras
halla un singular placer
retratando á su adorada
bajo aspectos más de cien;
con mucha ropa unas veces
y otras veces...
ANDRÉS. Qué sandez!

BLASA. Así. aunque *artísticamente*,
siempre sus ojos la ven.
ANDRÉS. Todo eso son tonterías.
BLASA. Tonterías?
ANDRÉS. Claro es.
BLASA. El tiempo nos lo dirá.
ANDRÉS. Conozco á mi hijo muy bien
y sé que quiere á su prima.
BLASA. Pero...
ANDRÉS. He dicho que lo sé.
Responde tú de Asuncion;
que acepte á Luis, y despues
corre ya de cuenta mia
casarlos.
BLASA. Dios de Israel!
Que sea pronto!
ANDRÉS. Descuida.
BLASA. Cuanto ántes mejor, Andrés.
Mira que ya nuestras rentas
no son lo que eran ayer,
que han disminuido mucho,
que yo viuda de un marqués
sólo tengo ejecutoria
y eso no dá de comer.
ANDRÉS. Sí, mas yo no miro eso,
eso es lo de ménos.
BLASA. Bien;
pero siempre es importante,
y si no, figúrate
que cada cual se nos casa
por su lado.
ANDRÉS. No, ¡pardiez!
no será mientras yo viva!
BLASA. Eso, eso, oblígale.
ANDRÉS. No necesito obligarle.
No te vaya á suceder
que por cuidarte de Luis,
Asuncion...
BLASA. Oh! cállate!
¿Me tienes á mí por tonta?
Pues, hijo, estoy yo mal pez!
El que me la pegue á mí...

Y poquito la cuidé
para que ningun baboso...
—Oye un caso. Antes de ayer,
estando oyendo una misa
en la catedral, noté
que estaba el artillerito
mirándola.

ANDRÉS. Ese quién es?

BLASA. Uno que anda haciendo el oso.
¿Y qué hice yo? La saqué
sin concluirse la misa.

ANDRÉS. Y ella?

BLASA. Ni le mira!

ANDRÉS. Ejem!
Mucho será!...

BLASA. Cá!... No dudes,
vivo muy alerta: ¿ves?
estoy hablando contigo
y mirando allí.
(Suponiendo que ve á Balbina y Asuncion en la habitacion inmediata.)

ANDRÉS. Mujer!

BLASA. Desde aquí veo las niñas
perfectamente, sí; aquel
es el balcon que da al campo
y ya dos veces ó tres
levantó la cortinilla
Balbina, perdóname,
pero, hijo, esas madrileñas
tienen un gancho...

ANDRÉS. Otra vez!.

BLASA. Por algo las llaman gatas,
pero yo vigilaré.
Ay! Ya han abierto el balcon.
Si estará? Voy, voy á ver... (Váse.)

ESCENA IV.

D. ANDRÉS, D. ROMAN y FRASQUITO.

ANDRÉS. Qué afan de ser mal pensada.

FRASQ. Tiene usté algo que mandarme?

ANDRÉS. No, pero ahora no te vayas.
FRASQ. Obedeciendo y callándome.
ROMAN. Ea, salimos un rato (Entrando.)
por ahí á que nos dé el aire?
Vamos hasta el acueducto?
ANDRÉS. Para andar he de apoyarme
en alguno.
ROMAN. Muy sencillo,
aquí estamos dos.
ANDRÉS. No obstante,
esta gota y este hígado...
ROMAN. Ya llegarás á aliviarte.
ANDRÉS. Mira, si he de serte franco,
desde que á casa llegaste
tengo alguna esperancilla
y estoy mejor.
ROMAN. Sí?
ANDRÉS. Bastante.
Vas á ser cual fuiste siempre
mi ángel bueno.
ROMAN. Si es que valen
las intenciones...
ANDRÉS. Pues no!
y tu ciencia, que es muy grande.
ROMAN. Hombre!
ANDRÉS. Lo dicho, y desde hoy
voy á hacer cuanto me mandes,
porque si tú no me curas
sólo Dios puede curarme.
ROMAN. Bien, ya pondremos los medios
ANDRÉS. ¿Supongo que ya tú sabes
que de esto murió mi abuelo
y de lo mismo mi padre?
ROMAN. No es decir que en tí tambien
siga esa regla constante.
No hay regla sin excepcion;
pero las enfermedades
lo mismo que los millones
se heredan.
ANDRÉS. Y no ha de hallarse
algun remedio?
ROMAN. Si le hay;

introducir nueva sangre
en las familias.

ANDRÉS. Bah, bah!...
Pero eso es impracticable!

ROMAN. Pues para qué son las bodas?

ANDRÉS. Eh! no digas necedades!
Eso es hablar por hablar.

ROMAN. Si así lo crees...

ANDRÉS. Cabales.

ROMAN. Soy médico.

ANDRÉS. Aunque lo seas:
muy bien puedes engañarte.

FRASQ. (Eso es, y ántes era un sabio.)

ROMAN. (Lo mejor será dejarle.)

FRASQ. (Le dió usté en la matadura. (Á D. Roman.)

ROMAN. Qué! ¿Proyecta algun enlace
de familia? (Á Frasquito.)

FRASQ. Si señor.
Su hijo y su sobrina.

ROMAN. Diantre
Por eso no le ha gustado...
Bien; ya veré de atacarle...)
—Con que dime, ¿y tu mujer?
(Alto á Frasquito.)

FRASQ. Mi mujer? Está criándose.

ROMAN. No te casaste?

FRASQ. Hubo indulto;
es decir, no llegué á ahorcarme.
¿Y no sabe usted por qué?
Por feo. Escuche usté el lance.
Pues señor...

ANDRÉS. Pero, Roman,
que si le dejas que hable...

ROMAN. Y por qué no?

FRASQ. Hay en mi tierra
una ciudad... Vamos, Cádiz,
para no andar con rodeos.
Me entiende usté?

ROMAN. Sí, adelante.

FRASQ. Y en Cádiz hay una iglesia
muy cuca y muy venerable,
no como estas que hay aquí.

ROMAN. Por qué? Tiene muchas naves?
FRASQ. No señor; tiene otra cosa:
al cabo no hay que extrañarse,
que son más *salaos* los santos;
hay una Vírgen del Cármen!...
En esa iglesia hubo un cura
que debió sér un arcángel,
segun lo que hizo!
ROMAN. Qué hizo?
FRASQ. Una accion la más loable!...
Dejar todos sus dineros
para que los disfrutasen
las doce hembras de más gracia
y los mozos más barbianes
que fueran todos los años
á su parroquia á casarse.
ROMAN. Andrés, escuchas el cuento?
ANDRÉS. Bah! Tonterías!
ROMAN. Escúchale.
FRASQ. Mas con una condicion
única é indispensable;
y es que no fueran parientes
los novios.
ROMAN. Bien!
FRASQ. Ni compadres
siquiera.
ROMAN. Oh cura modelo!
Y yo que estaba ignorante!...
FRASQ. Ademas se preferían
en caso de haber empate,
á los que eran de distintas
provincias!
ROMAN. Cura admirable!
Oh protector de las razas!
Aquí tienes hechos! (Á Andrés.)
ANDRÉS. Dale!...
ROMAN. Así se evitan herencias
como esa tuya, mil males.
ANDRÉS. Esas son supercherías.
FRASQ. Supercherías? En Cádiz,
parroquia de San Antonio,
le darán á usted detalles.

Pero, hombre, ¿lo sabré yo?

ROMAN. Ah! sí.

FRASQ. Nada, fuí á casarme
y llevaba una gallega
por si acaso habia empate.

ROMAN. Ah, pícaro! Y qué pasó?

FRASQ. Que qué pasó? Pues que el padre
me dijo que la muchacha
sí merecia los reales;
pero que yo era muy feo.
¿Ha visto usté que desaire?

ANDRÉS. Bueno, basta; calla ya.

ROMAN. Ah, mal genio; que carácter!
(Pausa corta, durante la cual Roman ha estado mirando por el balcon.)
Calle! Tienes aquí monos?

ANDRÉS. Hombre!...

ROMAN. Si en aquellos árboles
parece que anda saltando
un animal de esa clase.

FRASQ. Será Frutitos!... El mismo.
(Mirando por el balcon.)

ANDRÉS. Llámale... Mejor bergante!...

FRASQ. Eh! Frutitos! Ven aquí! (Voceando.)
Vamos!

ANDRÉS. No quiere bajarse?

ROMAN. Ay, chico! Dispensamé
pero desde aquí no es fácil...

FRASQ. Ya viene aquí.

ANDRÉS. Ese muchacho
me tiene en un ¡ay! constante:
parece que es un castigo
que el cielo ha querido darme.

ESCENA V.

DICHOS, FRUTOS, despues LUIS.

ROMAN. (Al ver entrar á Frutos que aparece en la puerta de la derecha y despues de hacer algunas planchas se sienta en el respaldo de una silla.)
(Lo mismo que sospechaba!

si el fruto de estos enlaces...
Enclenque, pobre, raquítico!)

ANDRÉS. (Á Frutos.) No te he dicho que no saltes
y andes haciendo tontunas?

FRUT. Estaba desarrollándome;
hago unas planchas más buenas...

FRASQ. No son malas las que haces.

ANDRÉS. Saluda á este caballero.

FRUT. Si no sé quien es!

ANDRÉS. Eh?

ROMAN. Déjale!

ANDRÉS. No hay en la ciencia remedios
que esa estupidez atajen?

ROMAN. Hay medios para evitarla;
y esos medios ya tú sabes...

ANDRÉS. Bien, sí; tu manía eterna.

FRASQ. (Que ha estado mirando por el balcon.)
Calle! Allí he visto apearse
á don Luis. Aquí se acerca.

FRUT. Alza! Voy á pasearme
á caballo! (Váse.)

ROMAN. (Desgraciado! (Por Frutos.)
Y aún quiere al otro casarle
con su prima! Como pueda...
Aunque si llegan á amarse...)

ANDRÉS. No le vas á conocer.
Es ya todo un hombre. Mírale.
(Señalando á Luis que acababa de entrar.)

LUIS. Padre mio! Caballero!
Oh! don Roman! (Reconociéndole.)

ROMAN. Voto al diantre!
Aprieta! Aprieta, buen mozo!
Aún de mí no te olvidaste?

LUIS. Los halagos y caricias
que me prodigó años hace,
ni se han borrado de aquí
ni jamás han de borrarse!

ROMAN. Ah! Luis!

LUIS. El buen don Roman!

ROMAN. Mira, Andrés, no te me enfades;
(Ap. á Andrés.)
pero hijo salta á la vista

á poco que uno se pare...
No parecen Luis y Frutos
hijos de unos mismos padres,
moral y materialmente
qué diferencia tan grande!

ANDRÉS. Pues los dos son hijos mios.

ROMAN. Hombre, ya sé...

FRASQ. (Está plantándole
cada par de banderillas...)
Y no quiso contentarse
con venir solo. (Á Luis.)

LUIS. Pues qué?

FRASQ. Trae á su hija... una imángen!
Usted no la conocía?

LUIS. Yo no.

FRASQ. Pues va usted á pasmarse.

LUIS. Pero y tia y Asuncion?
No las he visto.

ANDRÉS. Es probable
que se hayan marchado á misa.
Id en su busca.

LUIS. Al instante.

ANDRÉS. Anda, sí; verás de paso
la catedral. Sí, sí, márchate;
yo mientras daré un vistazo
por las cuentas que este trae.
Frasquito, dale el sombrero.

ROMAN. Pero, hombre, ¿cargo no te haces
de que Luis vendrá cansado?

LUIS. No, por mí... qué disparate!...

ANDRÉS. Si está ahí cerca...

ROMAN. Sin embargo...

LUIS. Cuando usted quiera.

ROMAN. Pues... vale.

(Tomando el sombrero que le entrega Frasquito sale con Luis.)

ESCENA VI.

D. ANDRÉS, FRASQUITO.

ANDRÉS. Qué tal si está enamorado?

FRASQ. Quién?
ANDRÉS. Mi hijo, de Asuncion.
Llega, no la ve y... tonton!
Que pronto que ha preguntado.
FRASQ. Usted cree?
ANDRÉS. Que se adoran.
FRASQ. Se adoran? más vale así.
ANDRÉS. Qué, no te parece á tí
que ambos cariño atesoran?
FRASQ. Sí, si señor.
ANDRÉS. Ya lo creo
que su pecho amor encierra!

ESCENA VII.

DICHOS, BALBINA, ASUNCION y DOÑA BLASA.

FRASQ. (Viendo entrar á Balbina acompañada de Asuncion y Doña Blasa.)
Uy uy uy! Viva mi tierra
y ese palmito!
ANDRÉS. Qué veo?
No han ido ustedes á misa?
BALB. No señor, no hemos salido.
ANDRÉS. Pues hija, así lo he creido,
y há un instante con gran prisa
salieron Luis y Roman
en busca de ustedes tres.
ASUNC. Vino ya mi primo?
ANDRÉS. Pues...
En fin, ellos volverán.
FRASQ. Es que es de búten. (Por Balbina.)
BALB. Frasquito,
le da á usted vergüenza hablarme?
FRASQ. No, pero usted...
BALB. Va á llamarme
ahora de usted?... no lo admito.
Tú por tú, cual me decía.
No soy la misma que era?
BLASA. (Hase visto zalamera?)
Hola! usted ya conocía
á Frasquito?

BALB. Vaya!
BLASA. Vamos!
BALB. Y poco que yo le quiero?
Pues si ha sido mi niñero!
Uy! cuántas veces jugamos
al *corro* y al á *limon*
y á la pelota.
FRASQ. Qué edad!
BALB. Yo era muy loca, ¿verdad?
BLASA. (No digo?)
BALB. Sin compasion
daba mil saltos y gritos
y vueltas y otros excesos,
y usted...
FRASQ. La daba más besos...
BALB. Sí.
FRASQ. Y algunos azotitos.
Pero era usted tan bonita!
ANDRÉS. Pero hombre...
FRASQ. Y lo sigue siendo;
parece que la estoy viendo...
¿eh? con aquella batita,...
sin esta cola...
BALB. Exigencia
de los años...
FRASQ. Sí, ya estoy.
BALB. Lo que va de ayer á hoy!...
FRASQ. Ya, ya! qué gran diferencia!
BLASA. (Ya está enseñando el vestido!
Lo dicho, una coquetuela.)
(Oye: te gusta esa tela? (Á Asuncion.)
ASUNC. Sí.
BLASA. Pues está decidido.
Mañana te encargo uno.
ASUNC. Pero si tengo bastantes...
BLASA. No, no son tan elegantes...
y como ese no hay ninguno.)
ASUNC. Tio, ha dicho Balbinita
que piensa será muy corta
su estancia aquí.
BLASA. Y qué te importa?
ASUNC. Lo siento

BLASA. Esta señorita
acostumbrada á vivir
entre el ruido y la algazara
de Madrid, no es cosa rara
que aquí se llegue á aburrir.
BALB. No tal.
ANDRÉS. (Á Blasa.) (Callarte no puedes!)
BALB. Quizá, quizá me aburriera
si mi papá no estuviera
ó no me hallara entre ustedes.
BLASA. Mil gracias!
FRASQ. (Chápate esa!)
BLASA. Oh!
Hacemos aquí una vida
tan igual... tan aburrida...
ANDRÉS. Se irán cuando quiera yo.
ASUNC. Bah! No nos aburriremos.
FRASQ. (Vamos! Pues no la está echando?)
ANDRÉS. (Á Frasquito.) Esos estarán buscando...
Por qué no vas?
FRASQ. Bien. (Váse.)
BLASA. (Veremos.
Más como yo aquí mandara...
En fin, andaré muy lista;
no la perderé de vista.)
ANDRÉS. (Á Blasa.) (Pero mujer! Esa cara!...
BLASA. No tengo otra!)
ANDRÉS. Ea, adios!
(Intentando levantarse.)
Ay! no puedo! Este balazo!...
BALB. Pues para que está mi brazo?
Apóyese usted, y los dos
caminando despacito...
ANDRÉS. No; te voy á incomodar!
BALB. Qué, no quiere usté aceptar?
Ha olvidado usté, amiguito,
cuando estaba el regimiento
de guarnicion en Sevilla?
Yo era entónces chiquitilla,
y usted, lleno de contento
y de cariño y de bríos,
esos brazos me tendía:

pues bien, ya ha llegado el dia
que yo le tienda los mios.

ANDRÉS. Qué discreta! Acepto.

BALB. Vamos.

ANDRÉS. Este es el mundo.

BALB. Marchemos.

ANDRÉS. Los que hoy sostener podemos
mañana apoyo buscamos.
(Váse con Balbina.)

ESCENA VIII.

DOÑA BLASA y ASUNCION.

BLASA. (Deteniendo á su hija que va á seguir á Balbina y D. Andrés.)
No, tú quédate y escucha.
Dime: qué estábais mirando
cuando estábais ahí las dos?
(Señalando la habitacion de ellas.)
Por ventura era algun pájaro?

ASUNC. Precisamente. (Con afectada candidez.)

BLASA. (No dije?
Hum! Si tengo yo un olfato!
Artillerito tenemos.)
Conque un pajarito? Vamos...

ASUNC. Si viera usté... El infeliz...

BLASA. Niña!

ASUNC. Estaba aleteando
para salir de su nido
y volar por esos campos,
pero la madre...

BLASA. Qué hacía?

ASUNC. Le estaba picoteando
en una alita. Qué madre!
Vaya unos instintos malos!

BLASA. Hace bien.

ASUNC. Usted lo aprueba?

BLASA. Si él no fuera temerario!

ASUNC. Pobre! Y si puede volár,
por qué razon no dejarlo?

BLASA. Porque pudiera encontrarse

cuando inesperto volando
fuera por el bosquecillo,
con un tiro ó con un canto
y hasta con alguna red.

ASUNC. Segun lo va usted pintando...
Tan pequeñito, tan mono...
quién había de hostigarlo?

BLASA. Hay cazador, hija mia,
que sólo por hacer daño
tira á todo lo que encuentra
lo mismo á negro que á blanco.
Tú no conoces el mundo!

ASUNC. Ya lo ha dicho usted, que es malo,
que en él hay muchos tropiezos,
que hay que andarse con cuidado.

BLASA. Y todo es poco, por eso
te llevo siempre del brazo.
Si no fuera por tu madre...
Ah! pero yo estoy velando
contínuamente y ninguno
juega conmigo.

ASUNC. No alcanzo
por qué dice usted esas cosas?

BLASA. Bueno, pues hablemos claro.
Ese tonto, el artillero,
dime, ¿se te ha declarado?

ASUNC. No sé de quien habla usted.
(Ha comprendido...)

BLASA. (Me escamo.)
No sabes quién es?

ASUNC. No tal.

BLASA. Harto sabes de quien hablo.
En fin, tú estás prometida
á tu primo Luis.

ASUNC. (Dios santo!)

BLASA. Y no creo que tú trates
de oponerte á mi mandato.

ASUNC. Yo creí que al corazon
nadie pudiera mandarlo.

BLASA. Niña, niña! Segun creo,
va á ser en tí necesario
hacer lo que al pajarito:

cortarte el vuelo.

ASUNC. Ya callo.

BALB. Vamos, te pones de monos?
(Diplomacia y mucho tacto.
Á malas nada consigo.)
Hija, queriéndote tanto
como te quiere tu madre,
¿has de ser así?

ASUNC. Es que el diablo
quería tanto á sus hijos
que concluyó por ahogarlos.

BLASA. (Esta frase es de Balbina,
Cuando digo que me escamo...)
Esas son habladurías.
Sé buena! Haz lo que te mando.
Tu madre te quiere mucho.
Me voy, creo que han llamado.
Quién será? Monona mia! (Acariciándola.)
(Vigilaré. Qué muchachos!)

ESCENA IX.

ASUNCION, D. ROMAN, LUIS y FRASQUITO.

LUIS. (Á D. Roman.) Qué le decía yo á usted?
(Al ver Asuncion.)

ROMAN. Ah, pícaras! Engañarnos!

ASUNC. No, no era fácil hallarnos,
no hemos salido.

ROMAN. Sí, eh?
Ya lo tendremos en cuenta.

ASUNC. Bien venido! (Á Luis.)

LUIS. Bien hallada!
Pero ¿qué tienes?

ASUNC. Yo... nada!

LUIS. No, pues tu cara presenta
síntomas algo alarmantes.

ASUNC. Puesto que lo has conocído...
Es que mamá me ha reñido.

FRASQ. (Que ha estado hablando aparte con D. Roman.)
(Lo que le dije á usté antes;
se callan, pero...

ROMAN. Sí, sí;
y no ven que en el altar
los van á sacrificar.)
LUIS. (Á Asuncion.) Y el regaño fué por mí?
ASUNC. Ya conoces á mamá.
LUIS. Mucho. (Vieja más ladina!)
ASUNC. Ahora me voy con Balbina.
Ya hablaremos. (Vase.)
LUIS. Allá vá!
(Como contestando á su padre, que se supone ha llamado desde dentro.)
FRASQ. Quién?
LUIS. Mi padre, que llamó!
FRASQ. Ah! Pues voy á ver qué cosa... (Váse.)

ESCENA X.

D. ROMAN y LUIS.

ROMAN. Con que... la futura esposa?... (Por Asuncion.)
LUIS. Eso quieren.
ROMAN. Y tú?
LUIS. Yo...
ROMAN. Qué diantre! Con confianza.
No me tienes por amigo?
LUIS. Oh, sí.
ROMAN. Pues cuenta conmigo.
Nada... ten en mí esperanza.
LUIS. Sabe usted?
ROMAN. Que están pensando
en que su esposo serás
y que tú á casarte vas
obedeciendo, no amando.
LUIS. Y usté á mi padre hará ver...
ROMAN. Que en este asunto está ciego.
LUIS. Oh! Mil gracias. Hasta luégo.
Él viene. (Váse.)
ROMAN. Es en mí un deber.

ESCENA XI.

D. ANDRÉS y D. ROMAN.

D. Andrés viene apoyado en el brazo de Frasquito, y al llegar á la puerta indica á este que se aleje. Demuestra venir muy contrariado.

ROMAN. Chico, qué te pasa?
ANDRÉS. Nada.
ROMAN. Tú vienes de mal talante;
ya sabes que te conozco.
ANDRÉS. Pues bien, no quiero ocultarte...
Empecé á mirar las cuentas
que mi Luis ha traido ántes
y he tenido que tirarlas
para no desesperarme.
Cada dia estoy más pobre,
veo á mi casa arruinarse
y no hallo remedio alguno.
ROMAN. Pero chico!...
ANDRÉS. No te espantes.
Tú sabes que en el servicio
uno no puede ocuparse
de ciertos negocios...
ROMAN. Si.
ANDRÉS. Por ahí empiezan mis males.
Yo encargué á mi hermano Pepe
de todas mis heredades,
y ademas de las de Blasa,
y cometí un disparate.
ROMAN. Por qué?
ANDRÉS. Al volver á Segovia
enfermo y lleno de achaques,
y hacerme cargo de todo,
lo hallé, chico, hecho un desastre;
sin pagar contribuciones,
con deudas por todas partes
y hasta sin cobrar las rentas.
ROMAN. Jesús!
ANDRÉS. Vamos, ¿puede darse

mayor abandono?

ROMAN. No.
Más Pepe,—que en paz descanse,
¿qué hizo del dinero?

ANDRÉS. Qué?
Pues muy sencillo; gastarle.
Primero gastó lo suyo,
y despues, al encontrarse
sin lo suyo...

ROMAN. Si... Echó mano
de lo vuestro y dió al traste
con lo de los tres.

ANDRÉS. Pues eso.
Le dí ámplias facultades.

ROMAN. Pero ¿en qué gastó el dinero?

ANDRÉS. Á tí puedo confiarte...
No fué feliz con su boda
y en brazos de unas beldades
compró las dulces caricias
que otra debió prodigarle.

ROMAN. Eran primos?

ANDRÉS. Ah! Se entiende.
En mi casa los enlaces
siempre han sido entre parientes.
Ninguno osó rebelarse.

ROMAN. Y así habeis echado el pelo! (Entre dientes.)

ANDRÉS. Decias?

ROMAN. Nada; adelante.

ANDRÉS. En fin, Roman, que hoy estoy
hecho un pobre, un miserable,
viviendo de mi retiro
y de unos *garrapizales*
que me producen dos cuartos;
yo, el conde de Torre-Abades,
el nieto de cien...

ROMAN. Abuelos.

ANDRÉS. Roman!

ROMAN. Hombre, no te exaltes.

ANDRÉS. De cien varones ilustres,
nobles y bravos cual nadie.

ROMAN. Y queda de todo eso?...

ANDRÉS. Lo que ya te he dicho ántes;

pergaminos!... pergaminos!!
que hoy muy poco ó nada valen,
y este caseron caduco
que empieza á desmoronarse!

ROMAN. Y de aquella raza de héroes
y esclarecidos magnates,
¿qué queda?

ANDRÉS. Lo que ya has visto.

ROMAN. Cinco vástagos!

ANDRÉS. Cabales.

ROMAN. Y de esos cinco uno inútil,
dos viejos y otros dos hábiles
á quienes unir pretendes
con el fin santo y laudable
de perpetuar tu raza
y esclarecer tu linaje;
no es eso?

ANDRÉS. Precisamente.

ROMAN. Pues no temo equivocarme
al afirmar que pasadas
unas cuantas navidades,
no queda de tu familia
ni rastro.
(Movimiento de Andrés.)
Deja que hable.
¿Sabes cuáles son las causas
de tantas calamidades
como han venido pesando
sobre vosotros? Chist... párate,
que yo sé bien vuestra historia,
estoy viendo vuestros males
y debo hablarte muy claro,
y tu debes escucharme.
Primeramente hubo algunos
que, débiles de carácter,
ser célibes prefirieron
ántes de insurreccionarse;
y hubo quien en un convento,
del claustro en las soledades,
tal vez ahogó una pasion
mintiendo á Dios, y engañándose
al propio tiempo á sí mismo.

Primera causa importante;
porque aquellos indivíduos
obedientes y... cobardes,
fueron ramas desprendidas
del árbol de sus iguales,
y el árbol quedó sin ellas
y fué pequeño quedándose.
Despues, de las que restaban
se formaron los enlaces:
mas qué sucedió con esto?
que los frutos resultantes
fueron débiles, raquíticos,
faltos de vida, de sangre;
porque el tronco que debiera
con su sábia sustentarles,
iba gastando sus fuerzas
y hácia el suelo iba inclinándose.
Y ya los frutos aquellos
aunque quisieron juntarse,
si dieron algun retoño
fué más que ellos miserable.
Y ya las ramas sin vida
fueron á la par secándose,
y el árbol que ántes se alzara
pomposo, fuerte, gigante,
quedó reducido á un tronco
carcomido, viejo, exánime!

ANDRÉS. Roman!

ROMAN. Esa es vuestra historia.
Somos plantas, somos árboles...
y al árbol de vez en cuando
nueva sábia hay que infiltrarle.

ESCENA XII.

DICHOS, DOÑA BLASA, FRUTOS, despues BALBINA, ASUNCION, LUIS y FRASQUITO.

BLASA. (Que viene pegando á Frutos, el cual trae en la mano una rama de un peral con peras sin madurar.)
Bribon! más que rebribon!

Tunante! más que tunante!

FRUTOS. Ay, ay, ay! (Quejándose y lloriqueando.)

ANDRÉS. Qué es eso?

BLASA. Nada.
Dispense usted, don Roman.

ANDRÉS. Que ha hecho ese perillan?

BLASA. Qué ha hecho?

ROMAN. (Alguna tontada!)

BLASA. Bribon! Lo mejor del huerto.
Regáñale!

FRUTOS. Yo no he sido!

BLASA. Calla! Si te he sorprendido!
Mira, del peral ingerto.
(Cogiendo la rama á Frutos y mostrándola á Andrés.)

ROMAN. ¿Peral ingerto?

BLASA. Sí tal.
Ve usted, me las ha cortado
todas verdes; ¡desalmado! (Á Frutos.)

ROMAN. (Parece providencial.)

BLASA. El árbol que yo más quiero.

ROMAN. ¿Sí?

BLASA. Dá unas peras riquísimas.

ROMAN. ¿Son buenas, eh?

BLASA. ¡Sabrosísimas!

ROMAN. ¿Andrés, oyes? (Á Andrés.)

ANDRÉS. ¡Majadero!

ROMAN. ¿Conque ese árbol?...

BLASA. Se secaba.
no daba fruto.

ROMAN. Sí, eh?

BLASA. Y qué hice yo? le ingerté.

ROMAN. Muy bien hecho!

ANDRÉS. Bien, acaba.

BLASA. Y desde entónces creció
de un modo maravilloso.
Mire usted: ¿ve usted qué hermoso?
(Mostrando el árbol á D. Roman por el balcon.)
Pues si no le ingerto yo,
se muere.

ROMAN. No hay que dudar.

BLASA. Como te pille otro dia... (Á Frutos.)

ROMAN. Que tal? Si es palabrería... (Á Andrés.)
ANDRÉS. Dale! Me quieres dejar? (Muy incomodado.)
ROMAN. Sostengo yo un disparate?
ASUNC. (Que viene con Balbina por la puerta derecha.)
Tio!
LUIS. (Por la puerta izquierda.)
Don Roman! (Gran Dios!...
Ella!) (Al reconocer á Balbina.)
BLASA. (Se turban los dos!)
(Notando la turbacion de Luis y Balbina.)
BALB. (No es un sueño!)
(Frasquito aparece en la puerta segunda derecha.)
FRASQ. El chocolate!
(D. Roman da el brazo á Andrés. Luis queda como petrificado. Balbina se dirige hácia el foro con Asuncion, procurando ocultar su sorpresa. Doña Blasa se lleva á Frutos dirigiendo alternativamente miradas recelosas á Luis y Balbina. Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior. Una camilla al lado del balcon y sobre ella una vela encendida; caja, pinceles y demas útiles de pintar, á la izquierda. Quinqué sobre el costurero. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

En primer término BALBINA y ASUNCION, sentadas en unas butacas de señora, están contemplando una acuarela que Balbina tiene en la mano. LUIS y FRASQUITO al foro, sin ser visto por aquellas.

LUIS. Y mi tia?
FRASQ. La he engañado.
LUIS. Mire usted que es mucho cuento
no dejarnos ni un momento.
FRASQ. Pues por ahora no hay cuidado.
La dejo en su gabinete.
No sabe que usté volvió.
LUIS. Y don Roman?
FRASQ. Se marchó
á poco de dar las siete,
y no ha vuelto todavía
de esa consulta.
BALB. (Por la acuarela.) Es preciosa.
LUIS. (Á Frasquito por Asuncion.)

No es cierto que es muy hermosa?

FRASQ. Si nació en Andalucía,
cómo quiere usted que sea?
Como de allá!

LUIS. Sí, ya veo.

FRASQ. En hombres hay mucho feo,
pero en hembras ni una fea.

LUIS. No nos han sentido!

FRASQ. Quiá!
Si le están á usted admirando.

LUIS. Qué hacen?
(Despues de ver la acuarela que tiene Balbina.)
Están contemplando
mi acuarela, la de allá.

FRASQ. La que figura la playa
De Santander?

LUIS. Justamente:
la tengo aquí tan presente...

BALB. Á usted no le gusta? (Á Asuncion.)

ASUNC. Vaya!
Sí.

BALB. Y estas dos navecitas
que en lontananza se ven?
Mire usté así.
(Colocando la pintura algo retirada.)

ASUNC. Está muy bien!

BALB. Parecen dos palomitas.

LUIS. Y qué hago? (Á Frasquito.)

FRASQ. Caer de hinojos
á sus piés y requerirla
de amores.

LUIS. Pero...

FRASQ. Y decirla:
me muero por esos ojos!...

BALB. En fin, yo no soy muy lista,
no sé pizca de pintura;
pero á mí se me figura
que Luis es un gran artista.
Usted le debe querer
mucho. (Veamos.)

ASUNC. Yo sí:
él tambien me quiere é mí...

BALB. Es natural: qué ha de hacer?
ASUNC. Es tan bueno.
BALB. Lo parece.
ASUNC. Á mí me distingue tanto...
BALB. (Oh!) Hace muy bien... (Dios santo!)
Usted todo lo merece...
ASUNC. Mil gracias.
BALB. (Volverle á hallar
para mirarle á otra unido!...
Ya que mi amor sueño ha sido;
por qué llegué á despertar!)
FRASQ. Yo distraeré á Asuncion.
ASUNC. Qué tiene usted? (Á Balbina.)
BALB. Oh! Yo!... nada.
ASUNC. Se ha quedado usted parada.
BALB. Es que la contemplacion
de esta inspirada acuarela
ha traido á mi memoria
el recuerdo de...
ASUNC. Una historia?
BALB. No: más bien de una novela.
Una jóven, un doncel
con ribetes de don Juan,
olas que vienen y van
engañosas como aquel:
un horizonte sereno,
un sol próximo á apagarse
y que en el mar va á ocultarse
cual si durmiera en su seno.
Allá una vela extendida;
aquí, lanchas que atracaban;
unos ojos que abrasaban!...
LUIS. (Que se ha ido acercando y ha oido las últimas palabras.)
Y un corazon que no olvida!
BALB. Ah! (Me escuchaba!) (Levantándose.)
FRASQ. Asuncion,
hoy no se ha fijado usté
en el cielo?
ASUNC. No. Por qué?
FRASQ. Venga, venga aquí al balcon.
ASUNC. Qué?

FRASQ. Que hay truenos esta noche.
(Movimiento de espanto en Asuncion.)
Se asusta usted?
ASUNC. Ya lo creo!
FRASQ. Si es que saldrán de paseo
los angelitos en coche.
LUIS. No, Balbina; sólo usté...
BALB. No le dejo continuar;
yo le quisiera escuchar,
pero no puedo.
LUIS. Por qué?
BALB. Porque la paz y concordia
de esta casa es para mí
sagrada, y no seré aquí
manzana de la discordia.
LUIS. Mi prima...
BALB. Á usted le prefiere.
LUIS. Y qué me importa?
BALB. Á mí sí.
Y como há poco la oí...
LUIS. Qué sabe ella lo que quiere?
BALB. No obstante...
LUIS. Y si así no fuera?
Si mi prima no me amara
y usted de ella lo escuchara...
BALB. Entónces... Si eso supiera...
LUIS. Siga usted. Entónces, ¿qué?
BALB. No se mentir y no miento;
bendeciría el momento
en que á esta casa llegué.
LUIS. Bendita boca!—Asuncion!
BALB. Qué va usté á hacer?
LUIS. Ahora mismo
á salir de este embolismo,
de esta odiosa situacion!
BALB. No, por Dios!
FRASQ. (Á Luis.) Qué ha resultado?
LUIS. Que me adora!
FRASQ. Si lo dije!
BALB. Es que mi deber me exige
negar! (Á Luis.)
FRASQ. Lo que yo he escuchado?

BALB. Frasquito!
FRASQ. Ay! Qué ojos esos!
Con una mirada sola...
Si no llevara usted cola,
me la comía á usté á besos.
LUIS. (Que ha estado hablando aparte con su prima.)
Sé sincera, prima mia?
ASUNC. Si es que no te he comprendido.
LUIS. Me quieres para marido?
ASUNC. Si fueras de artillería... (Con cierta candidez.)
LUIS. De artillería! Y por qué?
FRASQ. Ah! Porque hay uno...
LUIS. Balbina!...
FRASQ. Que anda rondando la esquina.
LUIS. Sí?...
ASUNC. (Á Luis.) Calla!
LUIS. Y te gusta, ¿eh?
ASUNC. Que puede oirlo mamá!
FRASQ. Es buen mozo!... Un morenito...
ASUNC. Lleva un traje tan bonito...
LUIS. Oh! precioso!
ASUNC. Verdad?
LUIS. Bah!
BAL. (Y no finge!)
LUIS. Un artillero!
(Oye usted?) (Á Balbina.)
ASUNC. Si tú quisieras
y un traje así te pusieras...
LUIS. No, no, hija mia, no quiero.
Ya sabes que mi ilusion
es aprender á pintar.
El arte de ametrallar
no me llama la atencion.
ASUNC. Lo siento!
LUIS. Tonta; y por qué?
Si ese jóven, de seguro
te profesa un amor puro!
FRASQ. Pues es claro; y yo lo sé!
LUIS. Dime; y se te ha declarado?
ASUNC. Con una chinita envuelto...
LUIS. Te echó un papel? Y le has vuelto
la chinita?

ASUNC. La he guardado.
LUIS. Pero hija!... Pobre señor!
No ves que por tí está ciego?
Vendrá esta noche?
ASUNC. Sí, luégo.
LUIS. Oh! Pues cuanto ántes mejor.
Le escribes dándole el sí,
y en una china tambien...
ASUNC. Ay Dios mio! Y si me ven?
LUIS. Quita!
ASUNC. Y qué dirá de mí
Balbina, si yo hago eso?
BALB. Balbina, de gozo llena,
dirá que es usted muy buena
y que en pago ahí va este beso.
ASUNC. Y por qué?
BALB. Porque la estimo,
y porque, sin que se asombre,
amando usted á ese hombre,
puedo yo amar á su primo.
ASUNC. Ah! Ustedes...
LUIS. Sí, prima mia! (Muy contento.)
ASUNC. Se quieren?
LUIS. Uy! Cuánto há?
ASUNC. Pues decírselo á mamá
y nos casan en un dia.
LUIS. No! (Asustado.)
BALB. Por qué? Ah! Sí; lo infiero.
Su padre... sí, eso es.
FRASQ. Bien; ya veremos despues.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA BLASA, que viene loca de contenta y abraza alternativamente á su hija, á BALBINA y á LUIS.

BLASA. Ven!... Abrázame! Lucero!
Y usted tambien! Qué alegría!...
Y tú!—Se salvó la casa!
LUIS. Pero, bien, tia, ¿qué pasa?
BLASA. Qué? Que ya no soy más tia!
Es decir, dejo de ser

tu tia, porque ahora ya
pasaré á ser tu mamá.
(Sorpresa de disgusto general.)

LUIS. (Mi mamá!

BALB. Cielo!

FRASQ. Qué hacer?)

BLASA. Ahora mismo, un instante hace,
tu padre lo ha decidido
y ya queda convencido
vuestro venturoso enlace.
Cuál se alegran! Ya se ve...
Se quieren tanto, Balbina!
Ah! Y usté será madrina...

BALB. Yo madrina!...

BLASA. Sí, sí, usté.
Y padrino su papá.

LUIS. (No puedo seguir callando! (Á Frasquito.)

FRASQ. Calma.)

BLASA. Vete preparando, (Á Asuncion.)
porque se efectuará
muy pronto: inmediatamente.
(Viendo que Asuncion quiere hablar.)
Sé lo que vas á decir.

ASUNC. Yo?

BLASA. Que debíamos ir
á la córte: es consiguiente,
porque los trajes de boda...
Nada, sí, señora; iremos,
y ya verás, nos traeremos
lo mejor, la última moda.
Es menester deslumbrar
con vuestro enlace á estas gentes;
siempre nuestros ascendientes
han dado mucho que hablar.
Oh! Cuando yo me casé
hice en Segovia más ruido....
Nos gastamos un sentido,
un caudal: pero eso ¿qué?
En un mes todo Segovia
sólo se ocupó de mí:
lo merecía, eso sí.
Estrené un traje de novia...

Y usted lo dicho. (Á Balbina.)

FRASQ. (Esta vieja...)

BALB. Con mil amores admito,
á la par que felicito
á la futura pareja.
(Procurando ocultar su emocion.)

LUIS. Tia...

FRASQ. (Que va usté á perderse!...
(Deteniéndole.)
No arme usté ahora una querella,
déjeme usté á mí con ella.

LUIS. Pero...

FRASQ. Nada de venderse.
Esto pide astucia y calma.

LUIS. Será mi fortuna negra!)
Adios, mi futura... suegra!
(Recalcando la frase.)

BLASA. Adios, hijito del alma?

FRASQ. (Tenemos que hablar los dos.)
(Ap. á Doña Blasa.)

BALB. (Yo mujer, él obediente,
don Andrés, intransigente!
Paciencia! Lo querrá Dios!)

BLASA. (Viendo que Balbina se dispone á marcharse.)
Se va usté?

BALB. Á ver si ha venido
papá. (Váse.)

BLASA. Vé con tu amiguita,
Asuncion.

ASUNC. Voy. (Váse.)

ESCENA III.

DOÑA BLASA, FRASQUITO.

BLASA. Pobrecita!
La infeliz se ha sorprendido.
Ya estamos solos los dos:
Ea, sepamos que es ello.

FRASQ. (Pues señor, allá va un lio,
á ver si así gano tiempo.)
Va usté á serme franca?

BLASA. Sí.
FRASQ. Muy bien: ¿á que usté ha supuesto
que Balbina mira á Luis
con ojos...
BLASA. Muy zalameros.
Ah! pero es que por si acaso
es verdad lo que sospecho,
ya ha visto usté, he dado un golpe!...
FRASQ. Oh! de maestra!
BLASA. Soberbio!
Anunciar en su presencia
el próximo casamiento
y obligarla á que apadrine...
FRASQ. Eso es atroz...
BLASA. Pues por eso.
FRASQ. Pues está usté equivocada.
BLASA. Cómo?
FRASQ. Sí, de medio á medio.
Balbina no está por Luis.
BLASA. Que no?
FRASQ. Yo con ella tengo
confianza y he explorado...
BLASA. Y qué?
FRASQ. Que estoy en lo cierto.
Balbina quiere á Frutitos.
BLASA. Jesús!
FRASG. Y que yo no miento!
BLASA. Á Frutos!... Tan inocente...
tan... Bah! Eso es un enredo.
Qué atractivos tiene el chico?
FRASQ. Pues digo!... que son pequeños!
Balbina es muy ambiciosa!
BLASA. Eso sí.
FRASQ. (Á quitar pellejos
siempre está dispuesta.)
BLASA. Y qué?
FRASQ. Que desciende de plebeyos,
y como Frutos es noble...
BLASA. Ah! Ya!
FRASQ. Va usté comprendiendo?
Frutos tiene ejecutoria;
Balbina tiene dinero...

BLASA. Mire usted, de esa manera...
Sin embargo, yo aún no creo...
FRASQ. La ambicion, señora mia,
es un caballo sin freno
capaz de saltar el mar,
si el mar se le pone en medio.
—Esto lo aprendí en un libro
que me prestaba un sargento.—
Pero á lo que estamos, tuerta,
no ande usté con más rodeos,
y á ver cómo la atrapamos.
BLASA. Pero es que yo he descubierto
miradas y áun algo más.
FRASQ. Sí, señora, no lo niego;
pero es que finge.
BLASA. Y por qué?
FRASQ. Como es tan corto de genio
Frutos, por darle *jachares*,
es decir, por darle celos,
se muestra amable con Luis
á ver si el otro...
BLASA. Ya, pero...
FRASQ. Nada!... no hay pero que valga.

ESCENA IV.

DICHOS, FRUTOS.

BLASA. Ah! Frutos!... (Viéndole entrar.)
FRASQ. (Tragó el anzuelo.)
FRUTOS. No está por aquí la huéspeda?
BLASA. Balbina? fué á su aposento:
qué la quieres?
FRUTOS. Toma!... verla.
Es más guapa!
FRASQ. Ah, bribonzuelo!
Te gusta, ¿eh?
FRUTOS. Carambolita!
FRASQ. (Oye usted? Qué más queremos? (Á Blasa.)
Hágale usted indicaciones
para que explore el terreno

y se atreva, qué se pierde?
BLASA. Siéntate aquí y oye atento. (Á Frutos.)
Te gustará ser casado?
FRUTOS. Anda! (Con gozo.)
BLASA. Sí?
FRUTOS. Pues ya lo creo!
Yo soy ya un hombre!
FRASQ. (Demonio!
No lo sabía.)
FRUTOS. ¡Ay, qué bueno!
BLASA. Pues mira, ahora hay proporcion
para hacer tu casamiento.
FRUTOS. Pues en seguidita.
BLASA. Bien.
FRUTOS. Yo quiero casarme!
FRASQ. (El memo!)
FRUTOS. Ay, qué gustito! (Saltando de alegría.)
FRASQ. (Anda, anda!
cómo se anima el sujeto!)
FRUTOS. Y quien es la novia?
BLASA. Quién?
Balbina.
FRUTOS. Alza! Me alegro!
BLASA. Á ver cómo la enamoras!
FRUTOS. Sopla! Si no sé!
BLASA. Mostrenco!
Eso es muy fácil.
FRUTOS. Caramba!
Ay, qué buena idea tengo!
BLASA. Qué?
FRUTOS. Que le haga el amor
Luis por mí, ¿eh?
BLASA. Ni por pienso!
FRUTOS. Si yo no sé!
BLASA. Pues se aprende.
FRUTOS. Y qué la digo?
FRASQ. Salero!
me está usted gustando mucho!
BLASA. Eso no, que nos perdemos!
FRUTOS. Por qué?
BLASA. Eso es ordinario.
e: te pones muy tierno,

muy melancólico...
(Acompaña la frase con la accion.)

FRASQ. (Atiza!)

BLASA. Así, poco más ó ménos;
la miras de cierto modo
dulce y á la par con fuego;
suspiras dos ó tres veces...

FRUTOS. Cómo?

BLASA. Ay! Qué tiempos aquellos!
Si yo tuviera tus años!
Ay!... Así; entiendes?

FRUTOS. Entiendo.

BLASA. Y despues con timidez,
con amor, con sentimiento
la dices:—Ay Balbinita!...
qué bella es usted!!

FRASQ. (San Cleto!
Menudo sainete!)

BLASA. Y sigues
exclamando:—¿Por qué el cielo
la puso á usted en mi camino,
tal vez para mi tormento?
Balbina, si yo pudiera
descubrir á usted mi pecho...
Si yo! ..

FRASQ. Pare usted la jaca!
Segun se va usted creciendo...

BLASA. Es que al mentar ciertas cosas
le asaltan á una recuerdos...
Ay Frasquito!...

FRASQ. Ay Doña Blasa;
y qué estragos hace el tiempo!
Ea! Voy á que Balbina
venga con cualquier pretexto,
y al paso á ver si el señor
me necesita.

BLASA. Yo debo
quedarme aquí: no por nada,
si no con el solo objeto
de escuchar...

FRASQ. Qué diplomática!

BLASA. Y usted?...

FRASQ. Hago lo que puedo...
(para que te salga el tiro
por la culata.) Hasta luégo. (Váse.)
BLASA. Qué haces?
FRUTOS. Estoy ensayándome.
(Ejecuta lo que marca el diálogo figurando hacer el amor á la silla.)
BLASA. Con una silla? Ay! me temo
que va á ser inútil todo.
FRUTOS. Por qué? pues no soy tan feo!
BLASA. Cuidado con que á tu hermano
le digas nada!

ESCENA V.

DICHOS y LUIS que ha oido las últimas frases.

LUIS. (¿Qué es esto?
Yo me enteraré. Ahora
á hacer mi papel.—Empiezo.)
Tia!
BLASA. Qué es eso, sobrino?
Qué tienes? Estás enfermo?
Traes una cara!
LUIS. Ay, tiita!
No sé, no sé lo que tengo...
Mejor dicho, si lo sé.
Tengo un volcan, un infierno!
BLASA. Jesús!
LUIS. Yo mato á ese hombre!
le mato! no hay más remedio!
BLASA. Sobrino!
LUIS. Si me ha robado
mi dicha, mi amor, mi sueño!
BLASA. Pero...
LUIS. No es suya la culpa.
Oh ingratitud sin ejemplo!
BLASA. Hijo, por todos los santos,
habla claro y sin rodeos.
Quién es la ingrata?
LUIS. Asuncion,
y el vil es un artillero!

BLASA. Mentira!
FRUTOS. Sí, sí, un cadete.
BLASA. Ah, infame! no era misterio
para tí!
LUIS. (Gracias á Dios
que has dicho algo de provecho!)
BLASA. Calla! Eso es un subterfugio
para eludir...
LUIS. Lo que anhelo
con toda mi alma?
BLASA. Ay Dios!
LUIS. Tengo pruebas.
BLASA. Dios eterno!
Pero tú que lo sabías,
¿por qué no lo has dicho, memo?
FRUTOS. Qué sé yo! Él me lo contó.
BLASA. Él?
FRUTOS. Si somos compañeros
de gimnasio, y la otra tarde
fué y me metió en el sombrero
una carta. Es más tunante!
BLASA. Eso más?
LUIS. Lo que yo siento
es mi padre. Qué hago yo?
Cómo le desobedezco?
Y cómo me uno á mi prima
si de su amor no soy dueño?
Yo se lo cuento á mi padre.
BLASA. No, por Dios! Yo te prometo
aplazarlo.
LUIS. (Ya cayó!)
Y tengo el convencimiento
de que si mi padre sabe
la ingratitud, el desprecio
de Asuncion...
BLASA. No, cállate!
Fácilmente hallaré un medio
para retardar la boda.
LUIS. Ay, tia! seguir sufriendo
y esperando!...
BLAS. Qué has de hacer?
LUIS. (Oh ventura!) Es que la quiero

tanto!

BLASA. Pues te casarás,
yo te lo aseguro.

FRUTOS. Eso!
Y yo con Balbina!

LUIS. Tú?

BLASA. Calla! (Comiéndole con la vista.)

LUIS. (Será este el secreto?)

BLASA. Me uniré con don Roman.
y cuando convenga, vuelvo
la casaca.

LUIS. (Eso faltaba!)

BLASA. Te vas?

LUIS. Si, tia, voy muerto!
Á Asuncion ni una palabra.
(Un enemigo de ménos.) (Váse.)

ESCENA VI.

DOÑA BLASA, FRUTOS-

BLASA. Jesús! lo que más me irrita,
lo que me excita los nervios
es que haya estado tan ciega...
No sé cómo me contengo!
y... la convulsion!... Ay Dios!
Tira, tira de este dedo!
Más fuerte!

FRUTOS. Sopla!
(Tirándola del dedo corazon.)

BLASA. Más fuerte!
(Viendo venir á Balbina.)
Ay! Balbina! Yo te dejo.
Te acuerdas de la leccion?

FRUTOS. Sí.

BLASA. Pues bien.

FRUTOS. ¿Cómo era aquello
de... Ah! sí, ya lo sé!

BLASA. Cuidado!
que desde allí te estoy viendo. (Váse.)

ESCENA VII

FRUTOS, BALBINA.

BALB. (Que no haga caso y me ria
y no ponga airado ceño
á este infeliz... Qué será?
En fin, obedeceremos!
FRUTOS. (Ya estoy nervioso!)
BALB. Amiguito!
FRUTOS. Buenas noches! (No me atrevo!)
BALB. (Frasquito tiene unas cosas...)
FRUTOS. (Qué ojos me echa! No me acuerdo...
Ah! Sí.) Ay!
BALB. (Por qué Julieta
suspirará este.,. Romeo?)
FRUTOS. (Voy á dar otro más fuerte!)
Ay!
BALB. Qué?
FRUTOS. Nada, me quejo.
BALB. (Tal vez esto entre en sus planes.)
FRUTOS. Ay!
BALB. Pero está usted enfermo?
FRUTOS. No señora, es decir, sí.
BALB. Explíquese usted.—No entiendo.
FRUTOS. Es que es usted muy bonita.
(Balbina sonrie.)
(Cómo se alegra!) Salero!
Me está usted gustando mucho!
BALB. Señor mio! (Entrando.)

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA BLASA, D ANDRÉS, FRASQUITO.

BLASA. (Ay, qué zopenco!
Imposible que le quiera!)
Frutos, te llaman adentro.
BALB. Oh! Don Andrés.
(Viendo venir á éste apoyado en Frasquito.)
ANDRÉS. Ya que ustedes

se olvidan del pobre viejo...

BALB. Eso no; rechazo el cargo:
yo le creía durmiendo.

ANDRÉS. Dormir con mis cinco heridas
y en noche que anuncia truenos.

FRUTOS. (Anda! (Á Frasquito.)

FRASQ. Qué?

FRUTOS. Ya me he atrevido.

FRASQ. Le has descubierto tu pecho?

FRUTOS. Ay, no; pero ahora...
(Empieza á desabrocharse el chaleco.)

FRASQ. Qué haces?

FRUTOS. Toma! Quitarme el chaleco
para descubrirlo...)

BLASA. Imbécil!
Vete á acostar.

ANDRÉS. (Á Balbina.) No consiento...

FRUTOS. (Aunque parece que si...
esta noche no me acuesto;
ya sé lo que voy á hacer.
En la novela que leo,
hay uno que entró una noche
por un balcon, y lo vieron
y le casaron, y á mí
me casarán. Soy más terco!) (Váse.)

FRASQ. (Este va á hacer algo malo,
porque un tonto discurriendo...)

BLASA. Ya es tarde. Alúmbreme usted,
Frasquito, y recogeremos
las llaves.
(Vánse los dos llevándose Frasquito el quinqué que habrá sobre el costurero.)

ANDRÉS. Mas volved pronto,
que yo solo no me muevo.

ESCENA IX.

D. ANDRÉS, BALBINA.

BALB. Hasta que le vea á uste
en la cama y sosegado
no me aparto de su lado.

ANDRÉS. Qué bondadosa!
BALB. No á fe;
no hago mucho en tal empeño;
ya esté despierta ó dormida
soñando paso mi vida;
mas siempre es feliz mi sueño,
que en estados diferentes
sueño idénticas venturas,
dormida, en dichas futuras,
despierta, en dichas presentes.
Y usted, lo mismo que yo...
sueña despierto.
ANDRÉS. Es verdad:
pero, hija mia, á mi edad
se piensa en lo que pasó.
Tú estás los ojos abriendo
y yo ya los voy cerrando:
tú sueñas... pero es gozando;
yo tambien... pero sufriendo.
BALB. Vamos; y quién piensa ahora?
Soy mas tonta...
ANDRÉS. No, hija, no...
BALB. La culpa me tengo yo
por echarlas de doctora.
ANDRÉS. Bah! No creas que me aflijo:
si eso á todos nos espera...
Y con tal que cuando muera
deje casado á mi hijo...
BALB. Con Asuncion?
ANDRÉS Se supone...
Ese es mi constante afan!
BALB. (Oh!)
ANDRÉS. Vamos: ¿y tu galan?
quién es, dí?...
BALB. (Qué se propone?)
El mio...
ANDRÉS. Nada de engaños.
BALB. Hasta ahora, nadie.
ANDRÉS. Te veo!
BALB. De veras.
ANDRÉS. No, no te creo.
Tan bonita y á tus años..

BALB. (Ay, qué apuro! Y qué le digo?
Una mentira cualquiera.)
ANDRÉS. No quieres serme sincera?
BALB. Es que...
ANDRÉS. Nada, no te obligo.
BALB. Pues bien, no quiero mentir.
Hay uno.
ANDRÉS. Yo bien sabía...
BALB. Pero á papá todavía
nada le quise decir.
ANDRÉS. Por qué? por vergüenza?
BALB. No...
ANDRÉS. Entónces...
BALB. Tengo aún pendiente
de mi fallo al pretendiente.
Por cierto que me escribió
una carta tan sentida!...
ANDRÉS. Hola!
BALB. En ella me anunciaba
que si yo un hombre anhelaba
de familia distinguida
á quien dar mi corazon,
rasgara al punto el papel,
porque su familia y éi
eran de baja extraccion.
ANDRÉS. Pues aprovecha el aviso
y falla en contra el proceso;
cuando él te confiesa eso
es que hay más: nada, es preciso:
ese hombre no te conviene;
porque en el mundo á mi ver,
bueno, Balbina, es saber
cada cual de donde viene.
BALB. Es honrado.
ANDRÉS. Aunque lo sea.
BALB. Laborioso, inteligente;
un abogado excelente.
ANDRÉS. Quizá con mancha muy fea.
Nada, no te recuerdes de él.
Pues si tú tendrás á cientos
hombres que beban los vientos
por tí. ¿No hay otro papel?

BALB. Hay más; pero...
ANDRÉS. Te decides
por el *dicho*?
BALB. Qué he de hacer?
ANDRÉS. No, no, pues es menester
que á ese sujeto le olvides.

ESCENA X.

DICHOS, LUIS.

LUIS. (Oh! Mi padre con Balbina!
De fijo en su corazon,
—con la mejor intencion—
habrá clavado otra espina.
Qué situacion tan cruel!
En su semblante lo leo!)
ANDRÉS. Hola!
BALB. Luis!
ANDRÉS. Por fin te veo,
hijo amantísimo y fiel! (Irónico.)
LUIS. Padre!
ANDRÉS. Voto á Belcebú!
LUIS. Oh!
BALB. ¡Habrá estado ocupado.
ASUNC. Gracias que vela á mi lado
álguien que no es como tú.
BALB. Pues si ocupo su lugar...
LUIS. Que tal piense usted de mí!
ANDRÉS. Bien, basta; quede esto así;
pero es doble de extrañar,
porque loca de contento
vino tu tia á buscarte...
LUIS. Oh!
ANDRÉS. Para notificarte
tu próximo casamiento:
y como yo estoy seguro
de que te habrás alegrado...

ESCENA XI.

DICHOS y DOÑA BLASA.

BLASA. (La hipócrita se ha encerrado!
Ay! si es cierto la trituro!)
ANDRÉS. Dime, ¿no has dicho á este nada
de lo que ántes decidimos? (Á Doña Blasa.)
LUIS. Tia, lo que convinimos.
BLASA. (Y que por esa taimada...)
ANDRÉS. Habla.
BLASA. Aún no hallé ocasion.
LUIS. (Canto lo del artillero. (Á Doña Blasa.)
BLASA. Calla!) (Á Luis.)
Te diré... Primero (Á D. Andrés.)
quiero hablar con Asuncion.
ANDRÉS. Pues bien, yo te enteraré. (Á Luis.)
LUIS. (Por Balbina.)
(Hablar de esto en su presencia!)
ANDRÉS. Decidimos...
LUIS. (No hay paciencia!)
Sí, sí señor; ya lo sé.
ANDRÉS. Luis! Voto á cien mil legiones
de demonios!
BALB. (Cielo santo!)
LUIS. (Tia!)
BLASA. (No cantes!)
LUIS. (Qué canto!)
BLASA. Pero, hombre, por qué te pones
así? (Á Andrés.)
ANDRÉS. Con tono altanero
y soberbio y desmedido
contestarme!...
LUIS. No he querido...
BALB. Don Andrés...
ANDRÉS. ¿Es, caballero,
que piensa usté rebelarse
y oponerse á mi mandato,
y quiere usted, hijo ingrato,
volar ya y emanciparse?
Pues ten presente desde hoy

pues que por tu bien te obligo,
que ó aceptas como te digo
la esposa que yo te doy,
ó viejo como me ves
y acribillado de heridas,
he de hacer que me la pidas
de rodillas, á mis piés.

BALB. Pero bien, si esta pelea
es á mi ver sin razon,
si realizar esta union
Luis más que nadie desea.
No es cierto?... Yo ya advertí...

LUIS. Oh!

BALB. (Que está enfermo y es viejo.
(Ap. á Luis.)
Antes es él:) yo me alejo!

ANDRÉS. Por qué no dice que sí?

ESCENA XII.

DICHOS y ROMAN.

ROMAN. Señores!... (Nadie contesta.)
¿Nadie á mi voz
contesta? Bien!... Qué sucede?
(Al ver los semblantes de todos.)
Ah! Vamos, sí: no se puede
contigo: eres atroz! (Á D. Andrés.)

ANDRÉS. (Hombre!) Luis, puedes marcharte
á acostar.

ROMAN. (En mí confía!) (Á Luis.)
Y tú tambien, hija mia;
ya es hora de retirarte.
(Vánse Luis y Balbina por distintos lados.)

ESCENA XIII.

DOÑA BLASA, D. ROMAN, D. ANDRÉS.

ANDRÉS. Ea, ensáñate conmigo;
habla ya cuanto te cuadre;
dime que soy un mal padre...

ROMAN. Pero, hombre, ¿yo que te digo?

ANDRÉS. Nada; mas cuando viniste...
ROMAN. Bien, no hablaré de ese asunto.
Pasemos ahora á otro punto.
El niño que tú quisiste
que fuera yo á ver...
ANDRÉS. ¿Qué tal?
Le dejas más aliviado?
ROMAN. Vaya! Y del todo curado!...
ANDRÉS. Cómo?
ROMAN. Muerto, que es igual.
BLASA. Pobres marqueses!
ROMAN. Sí, cierto:
perder el único hijo...
ANDRÉS. Y de que murió?
ROMAN. De fijo
no sé decir de que ha muerto.
Como cuando yo llegué
hallé casi en la agonía
al niño, y ya no tenía
remedio, no pregunté
á los otros compañeros.
Sólo te puedo decir
que al ver al niño morir
y en los instantes postreros,
cruzando entrambos sus manos
los padres le contemplaban
y angustiados exclamaban:
«Lo mismo que sus hermanos!»
ANDRÉS. Qué horrible casualidad!
ROMAN. Herencias.
ANDRÉS. Eh? Qué decías?
ROMAN. Nada, no; tontunas mias.
ANDRÉS. Herencias?
BLASA. Ah! sí, es verdad:
el marqués y la marquesa
son parientes.
ANDRÉS. (Incomodado.) Ya lo sé.
BLASA. Ay, qué tuno que es usté! (Á D. Roman.)
ROMAN. Yo, no...
BLASA. (Ahora me interesa
apoyar sus opiniones.)
Mira, Andrés, estoy pensando.

por lo que voy presenciando
y por las sabias razones
de tu amigo, que nosotros
debemos irnos con tiento
en eso del casamiento.

ANDRÉS. Eh?

BLASA. Y escarmentar en otros.

ROMAN. Magnífico!

ANDRÉS. Con qué tú
que mostrabas tanto afan?...
Hé aquí tu obra, Roman!

ROMAN. Mi obra!

ANDRÉS. Voto á Belcebú!...
No oyes lo que está diciendo?

ROMAN. Oigo que habla con cordura.

BLASA. (Y que por una perjura
tenga yo que estar fingiendo!)
Demos tiempo al tiempo.

ANDRÉS. No:
se casarán, yo lo quiero.

BLASA. Eso...

ANDRÉS. Y aunque el mundo entero
se oponga!...

BLASA. Me opondré yo.

ANDRÉS. Tú?

ROMAN. (Ap. á ella.) (Divina doña Blasa!
Carácter!)

BLASA. (Maldito seas!)

ANDRÉS. Con que no?

BLASA. No!

ANDRÉS. Pues no creas
que me arredro: en esta casa
se hace lo que á mí me cuadre.

BLASA. Lo que es por ahora...

ANDRÉS. Ves? (Á Roman.)

BLASA. Más adelante...

ROMAN. Ay, Andrés!...
estás vencido!

BLASA. Soy madre!

ANDRÉS. Blasa!

BLASA. Y pediré socorro
al juez.

ROMAN. Bravo!
BLASA. (Picarona!)
ROMAN. Es usted una leona
que defiende su cachorro.
ANDRÉS. Pero sabes lo que dices?
BLASA. Claro; no lo he de saber?
ANDRÉS. Voto al mismo Lucifer!
Si los chicos son felices
con ese enlace.
ROMAN. No hay tal.
ANDRÉS. Conque no están deseando?
ROMAN. Al contrario, están callando
lo que siente cada cual.
BLASA. Eso no; mi Asuncioncita
tan sólo á su primo adora,
y acatará...
ROMAN. Sí señora,
su hija será una bendita,
pero Luis á otra prefiere.
ANDRÉS. Qué has dicho? No puede ser.
BLASA. Luis amar á otra mujer!
Qué dice usted?
ROMAN. Que á otra quiere.
BLASA. Y el infame me ha engañado.
ANDRÉS. Pero es cierto?
BLASA. Qué cinismo!
ANDRÉS. No es cuento tuyo?
ROMAN. Si él mismo
á mí me lo ha confesado.
ANDRÉS. Oh! Déjame! Maldicion!
(Disponiéndose á marchar.)
ROMAN. Siéntate. Vas á pegarle?
BLASA. Sí, sí señor, y á encerrarle.
ROMAN. Señora! qué variacion
es esta? no hay quien la entienda;
tiene usted más opiniones...
BLASA. Sí? Pues tengo mis razones.
ROMAN. Busque usted quien la comprenda.
ANDRÉS. Y quién es ella? Es de aquí?
ROMAN. Pues claro. (Yo nada sé.)
ANDRÉS. Más cómo y cuándo la ve?...
porque yo nada advertí.

ROMAN. Nunca falta una ocasion.
BLASA. (Ay! qué sospecha! Esto da
al jardin, y claro está,
sale por ese balcon.
(Por el que habrá en el foro.)
Sí, no hay duda; esto está bajo,
salta la cerca despues...)
ROMAN. Que eres muy injusto, Andrés.
BLASA. (Lo dicho, sin gran trabajo...)
ROMAN. Al llevarte la contraria,
será porque mal te quiera?
BLASA. (Si sorprenderle pudiera,
Vírgen de la Candelaria!)
Tengo que hablarte. (Á Andrés.)
ANDRÉS. No más.
Dejadme que me retire;
pero mientras yo respire...
ROMAN. No te doblegas?
ANDRÉS. Jamás!
BLASA. (Volveré!)
ROMAN. (Génio y figura...)
Bien, duerme, que es lo que importa.
(Á la larga ó á la corta.
es mi victoria segura.)
Ya no esperes ni un reproche
de mi boca.
(Empiezan relámpagos y truenos.)
BLASA. Jesús!
ANDRÉS. Oh!
Para qué descanso yo!
BLASA. Pues y yo?
ANDRÉS. Valiente noche!
(Váse Doña Blasa y D. Andrés.)

ESCENA XIV.

D. ROMAN, despues FRASQUITO.

ROMAN. Lo cierto es que yo tambien
le exaspero y me propaso
y le irrito; pero ¿acaso
no lo hago yo por su bien?

Por qué me pido á mí cuentas
si mi deber he cumplido?
Hola! qué tal? Has oido?
(Á Frasquito que entra.)

FRASQ. La noche está de tormentas.

ROMAN. Yo por su estado lo siento,
pero á Luis le prometí...
Y á propósito; dí, dí...
Hay que caminar con tiento.
Tú sabes quién es la novia
de Luis?

FRASQ. (Y qué digo yo?)
Le diré á usted: sí... y no.

ROMAN. (Qué es esto?) Y está en Segovia?

FRASQ. De eso sí que estoy seguro.

ROMAN. Y es buena chica?

FRASQ. Jalea!
En fin, cuando usted la vea...

ROMAN. Porque ántes, yo, en un apuro
por enterado me dí.
(Qué me oculta este bribon?)
Yo veré á Luis...

FRASQ. San Anton!

ROMAN. Y ella le quiere?

FRASQ. Hasta allí!
Digo, si la novia es
la que yo supongo.

ROMAN. Estoy.
Mañana veremos. Voy
á despedirme de Andrés. (Váse.)

ESCENA XV.

FRASQUITO, despues ASUNCION.

FRASQ. Pues señor, cuando mañana
se aclare esto, Dios nos coja
confesados. Va á ser floja!
Floja va á ser la jarana!
Esto va á tener mal fin
y yo estoy comprometido;
hay que aguzar el sentido

no vaya á armarse un jollin
que á todos nos comprometa.
Oh! no estaré descuidado.
(El viento le apaga la luz.)
Demonio! Que me he quedado
en oscuridad completa!
Estará el balcon abierto!
(Desorientado busca el balcon sin dar con él. Truenos.)
Atiza! No doy con él.
Cómo llueve! San Miguel!
El diluvio! Á que no acierto?
Dónde puse la cajilla? (Escuchando.)
Calla! Ruido de pisadas
y á este sitio encaminadas...
Quién será? Tras esta silla
atisbaré.
(Tropieza con una silla y se oculta tras ella.)

ASUNC. (Que viene muy quedito demostrando temor é inquietud.)
(Me habrán visto?
Qué noche! Vengo temblando!
Se estará el pobre mojando! (Relámpago.)
Ay, qué miedo!

FRASQ. (Que la ha reconocido á la luz del relámpago.)
(Jesucristo!
Si creo que es Asuncion!
Y á qué viene esta mosquita?
Ah! sí... Á tirar la *chinita*
al otro por el balcon.
Pues si el pobre está aguantando
el chubasco...)

ASUNC. (Que está buscando el balcon sin encontrarlo.)
(No está aquí,
Esta noche me perdí!
(Relámpago, á cuya luz ve á Frutos trepando por el balcon.)
Dios mio! Un hombre trepando
por el balcon! Será él?
Ay! Ni aun á moverme acierto!
Estará el balcon abierto?
Qué situacion tan cruel.)

FRASQ. (Salgo?)
ASUNC. Yo no sé si grite...
FRASQ. (Eh? qué ruido? Sí, alguien llega.
Por lo visto aquí se juega
esta noche al escondite.)

ESCENA XVI.

DICHOS, D. ANDRÉS, que viene del brazo de DOÑA BLASA, FRUTOS en el balcon. Despues D. ROMAN y LUIS.

BLASA. (Chist! Calla!)
ANDRÉS. (En ira me abraso!
Que tal suceda en mi casa?)
BLASA. (Por aquí!)
ANDRÉS. (Despacio, Blasa,
que hoy no puedo dar un paso.)
BLASA. (Si la llego á sorprender!...) (Relámpago.)
FRASQ. (Es mi señor y la vieja!)
ASUNC. (Ay! El miedo no me deja
respirar!)
FRASQ. (Se va á arder
la casa! y qué hago yo?
aplicar la mecha.)
BLASA. (Que ha visto á Frutos en el balcon.) Ah!
No es ilusion, allí está!
ASUNC. (Dios mio!)
ANDRÉS. Malvado!
ASUNC. (Oh!
Si es mi mamá con mi tio!
Si me pudiera escapar!)
ANDRÉS. (Que conducido por Doña Blasa atina con el balcon y sacando de él á Frutos.)
Mal hijo! Te he de matar!
Sal de ese balcon.
FRUTOS. (Que sale completamente mojado y descompuesto.)
Qué frio!
BLASA. (Que tropieza con su hija.)
Ay! Una mujer! Balbina!
ANDRÉS. Luces!
BLASA. Qué hace usted aquí?
ANDRÉS. Roman! Frasquito!

ASUNC. (Ay de mí!)
FRUTOS. (Ya se armó la chamusquina
como en la novela!)
(Frotándose las manos de contento.)
ASUNC. (Ay Dios!)
FRUTOS. (Ahora ya me casarán!)
ANDRÉS. Luces! Frasquito! Roman!
FRASQ. *Sursum corda.* (Encendiendo la vela.)
BLASA. Ellos!
ANDRÉS. Los dos!
(El autor deja al buen criterio de los actores el expresar en estos momentos las impresiones que cada cual recibe.)
BLASA. Bribones!
ANDRÉS. (Á Blasa.) Voto á mi nombre!
Pues estás bien enterada!
BLASA. Qué hacías tú aquí? Taimada! (Á Asuncion.)
Una carta!! y para un hombre!
(Reparando en la carta que Asuncion lleva en la mano.)
ANDRÉS. Tiene otro novio! (Arrebatándosela.)
BLASA. Jesús!
ANDRÉS. Y tú qué hacías? (Á Frutos.)
FRUTOS. Mojarme!
Es porque quiero casarme
con Balbina!
BLASA. El patatús!
(La tempestad ha ido creciendo y desde este momento son más frecuentes los relámpagos y los truenos.)
Eter!
ASUNC. Tila!
BLASA. Azahar!
FRUTOS. Á mí unas friegas! Anís!
BLASA. Santo Dios! (Santiguándose al ver un relámpago.)
ANDRÉS. Roman! Luis!
BLASA. Ay! Me siento vacilar!
Sostenedme!
(Desmayándose apoyada en D. Andrés.)
FRUTOS. Estoy tiritando!
ASUNC. Santa Bárbara! Ay qué miedo!
Tio!

(Muy asustada y convulsa, apoyándose tambien en D. Andrés.)

FRUTOS. Papá! (El mismo juego que Asuncion)

ANDRÉS. Que no puedo!
Quitad, que estoy vacilando!

ROMAN. Qué pasa?

ANDRÉS. Ay! qué sudores!

FRUTOS. Los nervios!

ROMAN. Sí!...

ANDRÉS. No apoyarse!

ROMAN. No. Que el tronco va á quebrarse.
El tronco de tus mayores
que representas; verdad?
Mira á qué está reducido!
Basta á troncharlo el rugido
de cualquiera tempestad.
(Luis ha salido, y sin preguntar ni hablar nada se hace cargo en el momento de la situacion angustiosa de su padre y rodea con su brazo el grupo.)
Mal de familia.

ANDRÉS. Aprension!
Todo lo ves por un prisma!
(Muy incomodado.)

ROMAN. Hija de una causa misma
sufrís la propia afeccion! (En tono sentencioso.)
Sabes qué es esto?

ANDRÉS. (Furioso.) Roman!!

ROMAN. Consanguinidad se llama.

ANDRÉS. Y este brazo? Y esta rama? (Por Luis.)

ROMAN. Pertinaz! (Muy contrariado.)

FRASQ. (Que ha estado oyendo.) Se casarán!
(Cuadro. Telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

D. ANDRÉS, DOÑA BLASA y FRUTOS.

ANDRÉS. (Leyendo.) «Y si es que usted no me engaña
y no es falso su cariño,
yo!!...»
BLASA. (Atrevida!)
ANDRÉS. «Estoy dispuesta
á premiarle con el mio.»
Y la firma!...
BLASA. Descarada!
ANDRÉS. Mira, aquí tienes. (Mostrando la carta.)
BLASA. Insisto...
ANDRÉS. En que al cabo de tus años
y de tu celo excesivo,
y con todas tus retóricas,
y con tu tacto esquisito...
BLASA. Andrés...
ANDRÉS. Has estado en bábia.
Te han burlado dos chiquillos:
tú creiste ser un Argos,
y realmente lo que has sido

es un topo.—Nada, nada,
carta canta.

BLASA. Pues te digo
que mi Asuncion por sí sola
no da un paso tan indigno.
Yo sé que ha sido incitada.

ANDRÉS. Por quién?

BLASA. Por quién? por tu hijo
ó por Balbina.

ANDRÉS. ¿Y á ellos...
qué les importa?

BLASA. Muchísimo!

ANDRÉS. Bien, bien: ve de remediarlo
y aplicar el correctivo.

BLASA. Vaya si lo aplicaré!...
Pero yo no me resigno
á que creas que mi hija
es una niña sin juicio,
coquetuela como otras...

ANDRÉS. Y dale! Qué tabardillo!

BLASA. Voy á traértela aquí
á tu presencia ahora mismo,
y verás cómo resulta
inocente.

ANDRÉS. Y ese niño! (Á Frutos.)
Qué miras eran las tuyas
al entrar como un bandido
por el balcon y á tal hora?
Venga usted acá, señor mio.
En dónde ha aprendido usté
ese tan rastrero estilo
de enamorar á doncellas?
Responde: ¿dónde lo has visto?

FRUTOS. La tia me lo ha enseñado.

ANDRÉS. Tú?

BLASA. No es cierto. (Infame, pillo!) (Á Frutos.

ANDRÉS. Conque has sido tú?

BLASA. Yo no.

ANDRÉS. Blasa! Blasa! (Reconviniéndola.)

FRUTOS. ¿No me dijo
usted que al ver á Balbina
me pusiera así... muy fino;

y la dijera: «¿Salero?»
BLASA. No fuí yo, que fué Frasquito.
ANDRÉS. Tambien ese!...
FRUTOS. Pero usted
me enseñó á dar los suspiros
y...
ANDRÉS Basta! ¿Es decir, que todos
habeis dado pie á que el chico
falte al respeto á Balbina
y haga á la par el ridículo?
Oh! Yo os juro por mi nombre
que en adelante...
BLASA. (Á Frutos pellizcándole.) Asesino!
(Á Andrés.) Mira, yo he sido engañada.
Si me metí en este lio
fué por Frasquito.
ANDRÉS. Que venga:
vé á buscarle.
BLASA. No es preciso;
aquí viene. (Yo me escurro;
ahora que aguante él los tiros.) (Váse.)

ESCENA II.

D. ANDRÉS, FRUTOS, FRASQUITO.

ANDRÉS. Quién te manda á tí mezclarte
en asuntos que son mios (Á Frasquito.)
y dar lecciones á este? (Á Frutos.)
FRASQ. (Adios! todo lo ha sabido!
La vieja se ha berreao.)
Yo diré á usted...
ANDRÉS. Vive Cristo!
FRASQ. Yo creí que la muchacha
miraba así... al señorito
con ojos muy embusteros...
es decir, muy expresivos.
Y como oí á don Roman
varias veces, que Frutitos
era el fruto de otros frutos
que son muy poco fructíferos,

me dije: «Tal vez casándose
tenga un cambio *metafísico*.»
Y por eso... Pero en fin,
si he hecho mal...

ANDRÉS. Sí; y te repito
que no vuelvas á mezclarte...
(Á Frutos.) Dónde vas tú? De ese sitio
no te muevas!

FRUTOS. Bien!

ANDRÉS. Á ver
si puedo yo estar tranquilo!
Ahí tienes donde estudiar.

FRUTOS. En seguidita. (Entre dientes.)

ANDRÉS. Eh?

FRUTOS. No chisto!
(En cuanto pueda me escapo.
Qué creen? Soy yo un mal bicho!)
Dónde están mis pajaritas? (Á Frasquito.)

FRASQ. Qué sé yo? Las he barrido.

FRUTOS. (Bueno; pues ahora hago otras:
arranco hojas de este libro.
(Cogiendo uno que habrá sobre la mesa.)
«Crónica...» (Leyendo.)
Qué será esto?
Jí! jí!... Anda! No me ha visto!)

ESCENA III.

DICHOS, D. ROMAN.

ANDRÉS. Dónde andás? (Viendo entrar á Roman.)

ROMAN. En tu armería
con Luis.

ANDRÉS. Y qué! Te ha gustado?

ROMAN. Vaya! Si me ha deslumbrado!

FRASQ. Le habló á usté ya?

ROMAN. (Á Roman.) Todavía
no.

ANDRÉS. Pues tiene delante
la joya que yo más quiero,
y cual reliquia venero.

ROMAN. Y es?...

ANDRÉS. Mira: ese montante
(Mostrándole uno que habrá en una panopia.)
perteneció al fundador
de mi casa: á ese que ves.
(Señalando un retrato.)
ROMAN. Qué arrogancia! Digno es
de tal brazo y tal valor.
Eh? qué tal? (Mostrando el montante.)
ANDRÉS. Segun la historia
le apellidaban *El Rayo*...
ROMAN. Sí?
ANDRÉS. Y estuvo con Pelâyo:
ahí tengo su *ejecutoria*.
ROMAN. Consérvala bien!
ANDRÉS. Pues no!
FRUTOS. (Que habrá estado haciendo pajaritas.)
(Qué idea! soy más truhan!
Así verá don Roman
que soy valiente.)
(Váse llevándose el montante.)
ANDRÉS. Salió
Luis?
ROMAN. No, no ha salido:
en su estudio le he dejado:
por cierto que me ha enseñado
cuadros que me han sorprendido.
Dime: puesto que Luis tiene
á la pintura aficion,
y una gran disposicion,
por qué á Madrid no se viene
conmigo? Allí aprendería.
ANDRÉS. Sí, eh? (Con malicia.)
ROMAN. Sí.
FRASQ. (Pues si se fuera,
el dia que se supiera
el negocio!... madre mia!)
ROMAN. Eh? que te parece, Andrés?
ANDRÉS. Que es inútil cuanto intentes:
se casan. Qué son parientes?
Que lo sean.
ROMAN. Cásales!
Si yo ya sobre este asunto

no te diré una palabra;
pero de eso á que se le abra
un porvenir...

ANDRÉS. Mira, haz punto,
pues cuanto hables es ocioso.

FRASQ. (No cae.) (Á D. Roman.)

ANDRÉS. Déjame tú á mí
y cuídate más de tí.

ROMAN. Es decir, que estás quejoso,
porque ves que me consagro
á tus cosas!...

ANDRÉS. No, no tal;
pero ahora eres por tu mal
el corregidor de Almagro.

ROMAN. Yo?

ANDRÉS. Sí, tú.

ROMAN. Por qué razon?

ANDRÉS. ¿Has pensado en que tu hija
quizá para esposo elija
y entregue su corazon
á un hombre cuyo linaje
puede ser de tal ralea,
que el unirse á tu hija, sea
á tu buen nombre un ultraje?

ROMAN. Chico, me asustas!

ANDRÉS. Pues sí:
tu hija tiene un pretendiente
que será bueno, decente,
pero...

ROMAN. Qué? Acaba, dí.

ANDRÉS. Es de tan humilde esfera...

ROMAN. Ah! ya! (Respirando con satisfaccion.)
Desciende de Adan?
estás seguro? (Bromeándose.)

ANDRÉS. Roman!
¿Serás capaz!...

ROMAN. Friolera!
Si él la quiere y es buen hombre
y ella le acepta, está hecho,
y quedo muy satisfecho.

ANDRÉS. Pero esto no tiene nombre.

ROMAN. Nada, soy así; qué quieres!

FRASQ. Ay, qué lio!
ROMAN. Si es su gusto...
(Despues de pasar una mirada por la escena y persuadirse de que están los tres solos.)
Pero, hombre, por ser injusto
hasta contigo lo eres.
Dí, si muerto no se hubiera
el fruto de aquel cariño
y hoy siendo un hombre aquel niño
á una mujer pretendiera,
en cuyo amor él cifrara
su dicha y su bienestar;
¡cuál no fuera tu pesar,
cuánto no te atormentára
el saber que á tu hijo triste
le habían menospreciado,
por no tener el cuitado
lo que al nacer no le diste!
ANDRÉS. Mi nombre?
ROMAN. Pues claro está!
ANDRÉS. Ya sabes que no podía:
yo ya una esposa tenía.
ROMAN. Es cierto.
FRASQ. (Qué bueno va!)
ANDRÉS. Ahora no se trata de eso;
se me murió, le lloré:
lo que siento es que se fué
sin darle siquiera un beso.
ROMAN. Pues tú dime lo que quieras,
pero yo no he de imitarte.
ANDRÉS. Mira, no es por rebajarte,
mas si como yo tuvieras
un nombre que conservar,
cuyo brillo al sol da celos,
legado de cien abuelos
que yo debo venerar
cual se merece...
ROMAN. (Que ve á Frutos jugando alrededor de la mesa y montado sobre el montante de que se ha hecho mencion. Frutos trae en la cabeza una gorra de cuartel que ha hecho con hojas de la ejecutoria.)
Ah! Si yo

los timbres que tú ostentaras,
aunque á mi hija casara
con aquel que ella eligió,
abrigo el convencimiento
de que si nietos me dieran,
con mi nobleza no hicieran
lo que hace en este momento
tu hijo con la tuya.

ANDRÉS. Qué?

ROMAN. Mira! (Señalando á Frutos.)

FRUTOS. Al trote!

ANDRÉS. Ese bribon!
Frutos!

FRUTOS. Marchen! Escuadron!
firmes! Alto!

ROMAN. Déjale!

ANDRÉS. Quita!

ROMAN. Contempla tu gloria!
Este desciende dé aquel
(Señalando el retrato.)
y una gorra de cuartel
ha hecho de su *ejecutoria*.

ANDRÉS. Infame! (Á Frutos.)

ROMAN. ¿Por qué te irritas
si es tu sangre pura?

ANDRÉS. Acaba!

ROMAN. Aquel, héroes mandaba,
éste manda pajaritas. (Por Frutos.)
Y ese hierro... (Mostrando el montante.)

ANDRÉS. Vete, vete! (Furioso.)

ROMAN. Tu reliquia, tu consuelo...

ANDRÉS. Oh!

ROMAN. Mírale por el suelo
sirviéndole de juguete!

ANDRÉS. Que así arrastre mi nobleza!

ROMAN. No, no es él quien la ha arrastrado.

ANDRÉS. Quién?

ROMAN. Vuestro error encarnado
en esa naturaleza. (Señalando á Frutos.)

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA BLASA, ASUNCION.

BLASA. Ven, ven aquí. (Á Asuncion.)
ROMAN. Oh! Doña Blasa!
BLASA. Servidora. Ven.
ASUNC. (Dios mio!)
BLASA. Dí delante de tu tio
eso, el señor es de casa
y hablar puedes sin vergüenza.
(Ya sabes que te ha obligado
tu primo, ¡eh! Mucho cuidado
conmigo!) Anda, comienza.
Ahora verás. (Á Andrés.)
ANDRÉS. Qué veré?
BLASA. Si yo hablaba con razon.
Vamos, dí. (Á Asuncion.)
Presta atencion! (Á Andrés.)
ASUNC. Digo que le olvidaré.
ANDRÉS. Luego le quieres?
BLASA. Indina!
ASUNC. Yo...
BLASA. No la creas! (Á Andrés.)
Infame! (Á Asuncion.)
ASUNC. Si me mandan que no le ame!
BLASA. Calla, lengua viperina!
ROMAN. Pero es que hay un pretendiente
á quien Asuncion aprecia?
BLASA. No señor, á quien desprecia.
ASUNC. Eso no!
ROMAN. Perfectamente!
ANDRÉS. Mil rayos!
ROMAN. (Á Andrés.) Y ahora, qué dices?
ANDRÉS. Que hago lo que me acomoda.
ROMAN. No hay duda que con tal boda
les harías muy felices!
Luis por otra siente amor,
esta de otro se enamora...
BLASA. Desmiéntelo tú, traidora! (Á Asuncion.)
ANDRÉS. Pero... Es cierto?

ASUNC. (Con timidez.) Sí señor.
ROMAN. (Á Andrés.) Oyes? y ya van tres veces.
ASUNC. Yo temo el mentir!
BLASA. (Impía!)
ASUNC. Es pecado.
BLASA. Hay, hija mia!
qué poco te me pareces!
ASUNC. Yo prometo la obediencia!
Le olvidaré!
ANDRÉS. Dale bola!
ROMAN. La pobrecita se inmola
en aras de tu inclemencia! (Á Andrés.)
Si eso es natural! Balbina,
tambien es novia. (Á Asuncion.)
ASUNC. Lo sé.
BLASA. Ya te lo ha contado, ¿eh?
ASUNC. Sí tal.
BLASA. (La muy libertina!)
ASUNC. Y usté sabe?...
ROMAN. Sí por Dios.
ASUNC. (Entónces, por qué ese afan
contra mí? Si pensarán
que Luis se casa con dos?)
Cuánto me alegro!
BLASA. Dios santo!
ROMAN. Por qué?
ASUNC. Por qué? el caso es obvio;
le quiero.
ROMAN. (Pero esta al novio
conoce?)
ASUNC. Y se aman tanto!
Ha llorado más Balbina
viendo que le iba á perder!
ROMAN. Á quien?
ASUNC. Á quién ha de ser?
á Luis!
FRASQ. (Estalló la mina!)
BLASA. Eh?
ANDRÉS. Qué?
FRASQ. (Ya estoy satisfecho!)
ROMAN. Que Luis y Balbina!...
ASUNC. Sí

BLASA. Jesús! ¿Ves? Si lo que á mí
se me escape!...
ROMAN. Oh Dios! qué he hecho?
ANDRÉS. Roman!
ROMAN. Mas yo me confundo!
Ellos no se conocían...
BLASA. Y qué? se presentirían:
se vieron y en un segundo
—al cambiar una mirada—
cambiaron su corazon.
Cuando el hombre es un bribon
y la mujer...
ROMAN. Eh?
BLASA. No, nada.
ANDRÉS. Cállate!
BLASA. Ahora me explico
la oposicion que usté hacía.
ROMAN. Yo?
BLASA. Lo que usted quería
era asustar como á un chico
á este; pero usté ignora
quien soy!...
ROMAN. Que calle tu hermana,
ó!...
BLASA. Si no me da la gana!
FRASQ. Señora! pero señora,
que es usted una marquesa!
BLASA. Ahora soy una serpiente,
una fiera, una demente!
FRASQ. Bueno; si usté lo confiesa!...
ROMAN. Y Balbina, dónde está?
ASUNC. En el jardin se quedó.
FRUTOS. Si quien se casa soy yo!
ROMAN. Tú con mi hija?
FRUTOS. Ajajá!
ANDRÉS. Mira, apártate, bergante!
FRUTOS. Es que estoy enamorado
y usté es la que me ha embarcado,
y ahora... (Á Blasa.)
ROMAN. Usté?
BLASA. Retunante!
ROMAN. Pero, señor, qué madeja

es esta?

BLASA. Vete de ahí!

FRASQ. (Y que no me gusta á mí
el ver rabiar á esta vieja!)

ROMAN. Tú como tu hermana opinas?

ANDRÉS. Será una casualidad,
pero tu tenacidad
al sostener tus doctrinas
sobre matrimonios...

BLASA. Pues!

ROMAN. Basta! No quiero oir más!

ANDRÉS. Pero, escucha; ¿dónde vas?
(Viendo que D. Roman va á marcharse.)

BLASA. Buen viaje. Déjale, Andrés!

ROMAN. Así se acaba esta lid.

ANDRÉS. Por Cristo!

ROMAN. Y aunque me aflija,
ahora mismo cojo á mi hija
y en seguidita á Madrid. (Váse.)

ESCENA V.

DICHOS ménos D. ROMAN.

ANDRÉS. Roman! Síguele, Frasquito,
que yo no puedo moverme,
y que no salga sin verme.

FRASQ. (Yo resolveré el *conflito*.) (Váse.)

FRUTOS. (Se marcha? Aquí viene bien
aquello de la novela.
Uno se fué hasta Orihuela
siguiendo á una. Yo tambien!) (Váse.)

ESCENA VI.

D. ANDRÉS, DOÑA BLASA, ASUNCION.

BLASA. Así volcara el correo!

ANDRÉS. Sigue, lengua de escorpion!

BLASA. Pero no tengo razon?

ANDRÉS. No señora: yo no creo
que Roman sea capaz

de hacer nada indigno de él,
ni fingirme á mí un papel
para perturbar la paz
de mi casa: él no sabía
nada de lo que decís;
la culpa sólo es de Luis;
de ese á quien yo suponía
un hijo fiel y obediente.

BLASA. Y de Balbina.

ANDRÉS. No hay tal:
la chica...

BLASA. Es angelical!

ANDRÉS. Sí que lo es!

BLASA. Muy inocente;
más con toda su inocencia,
si yo no hubiera velado
nos hubiéramos quedado
á la luna de Valencia.

ANDRÉS. Y Roman?

BLASA. Ay, cómo estás!

ANDRÉS. No viene?

BLASA. (Viendo venir á Balbina.) Viene su perla!

ANDRÉS. Sí? Pues idos.

BLASA. Sólo el verla...
Si no me valiera más!...

ANDRÉS. Vete!

BLASA. Niña, sígueme!
Ahora nos toca á las dos.
(Ya estaré yo alerta!)

ASUNC. (Vánse las dos.) (Ay Dios!)

ESCENA VII.

D. ANDRÉS, BALBINA.

BALB. Sólo? Le buscaba á usté.

ANDRÉS. Y yo tambien sin testigos
quiero hablarte.

BALB. Sí? (Ay de mí!)

ANDRÉS. No, no te sientes allí.
No somos acaso amigos?

BALB. Por qué no lo hemos de ser?

tan amigos como ántes.
(Á ver si breves instantes
no soy la débil mujer.)
(Se sienta al lado de D. Andrés.)

ANDRÉS. Aquí. Pues si yo te quiero.

BALB. Muchísimo: lo sé.

ANDRÉS. Empieza.

BALB. Perdone usté: su cabeza
le autoriza á hablar primero.

ANDRÉS. Es verdad! Mas si te mando,
es decir, si te suplico
que hables tú...

BALB. Ya no replico:
hablaré.

ANDRÉS. Estoy esperando.

BALB. (Destrozo mi corazon,
pero mi deber me asedia!)
Conoce usté una comedia
de nuestro insigne Breton,
cuya accion pasa en la calle
y hay dos novios y dos rejas
por donde escucha sus quejas
una niña de buen talle
que á ambos les jura amor ciego,
sin duda por previsora,
hasta que llega la hora
en que descubren el juego
de la que estaban amando,
y ella al ver aquello mal
se marcha á la catedral
donde otro la está esperando?

ANDRÉS. No sé á que obra te refieres:
solo recuerdo unas cuantas...

BALB. Se titula, «*Una de tantas...*»

ANDRÉS. Ah! Ya!

BALB. De tantas mujeres
como abundan en el mundo.

ANDRÉS. Y á qué viene recordar
ahora?

BALB. (Le voy á inspirar
quizá desprecio profundo;
pero mi suerte está echada!)

Pues tiene mucho que ver!

ANDRÉS. No entiendo...

BALB. Yo... soy mujer,
y esa comedia me agrada
en extremo.

ANDRÉS. Ah! Vamos; sí!

BALB. Para qué andar con engaños?
Conozco á Luis há dos años;
en sus miradas leí
la pasion que se escondía
en su pecho dolorido,
y al mirarle tan rendido
me prendó: mas llegó el dia
de cortar aquella historia;
me llevaron á París
y pronto el nombre de Luis
borraron de mi memoria
otros amores *flamantes*
que á su vez puse en olvido,
porque halagaron mi oido
frases de nuevos amantes.

ANDRÉS. Balbina!

BALB. Por qué ante usté
no he de arrojar la careta?
(Oh!) Yo soy una coqueta...

ANDRÉS. Tú!...

BALB. Sí señor!

ANDRÉS. Cállate!

BALB. Volví á hallar en mi carrera
á Luis; acepté su amor
como aceptára una flor
que algun otro me ofreciera.
Es cierto que yo ignoraba
al darle el *sí* apetecido,
el enlace convenido
entre ustedes.

ANDRÉS. Sí, sí; acaba!

BALB. Mas yo que hice la comedia,
tengo en mi mano el remedio:
con poner tierra por medio
fácilmente se remedia
el conflicto; nada, nada:

lo hago sin violentarme.
Piensa usted que con marcharme
me voy á hacer desgraciada?
no señor!

ANDRÉS. (Qué alma tan buena!)
Tú me engañas!...

BALB. No por cierto...
todo al contrario: á rey muerto...

ANDRÉS. (Oh!)

BALB. (Me está ahogando la pena!)
En Madrid me esperan tres!...

ANDRÉS. Si eres santa entre las santas!...

BALB. No: yo soy «una de tantas;»
créame usted, don Andrés.
Luis sentirá un desvío
y sufrirá algunas horas;
pero luégo...

ANDRÉS. Y por qué lloras
al decirlo?

BALB. Si me rio!
Déjeme usted que yo haga
mi gusto.

ANDRÉS. No.

BALB. Y en momentos
quedamos todos contentos.

ANDRÉS. Cuando yo me satisfaga
de que es cierto lo que dices.

BALB. Ciertísimo. Soy así.
Ó quiere usted que por mí
no vayan á ser felices.
Luis y Asuncion?

ANDRÉS. No, eso no!

BALB. No es de usted el sueño dorado
ver en breve realizado
ese enlace?

ANDRÉS. Sí.

BALB. Pues yo,
¿por qué obstáculo he de ser?

ANDRÉS. Porque tú tambien le quieres:
porque si tú infeliz eres,
yo que te he visto nacer
y que cual padre te quiero,

nunca podré perdonarme...
BALB. Oh! déjeme usted alejarme!
ANDRÉS. Te dejaré: mas primero
tenemos que hablar en calma
con tu padre.
BALB. No.
ANDRÉS. Ha de oirme.
BALB. (Estoy luchando por irme,
y dejo aquí presa el alma!)
Bien, yo haré lo que usted mande;
hablaremos con papá,
pero estoy cierta que hará
mi gusto; es un niño grande
á quien con una caricia
hago yo perder el seso.
Oh! sí: vale tanto un beso
dado á tiempo y con malicia!
Quizá se enoje conmigo
y mi proceder condene,
mas el amor que me tiene
le impide ser mi enemigo;
y si hoy, ú otro cualquier dia
quiere tacharme de loca,
yo le cerraré su boca
sellándola con la mia.
Ea, el brazo y vamos, pues.
(Dios mio, fuerzas!) Así
qué puede importarme á mí
si en Madrid me esperan tres? (Vánse los dos.)

ESCENA VIII.

DOÑA BLASA, que ha estado oyendo: despues LUIS.

BLASA. Ó ciento! Si yo soy mala!
si yo siempre pienso mal!...
si esta niña no es coqueta!...
La fortuna es que se irá
muy pronto con viento fresco!
LUIS. Tampoco aquí? Dónde están.
Dónde han ido? Si se marcha...
BLASA. Qué si se marcha? y tres más.

LUIS. No; yo rogaré á mi padre...
le pintaré mi ansiedad!
BLASA. Aquí no valen pinturas;
tu padre no accederá,
ni tampoco ella te quiere
ni te ha querido jamás:
y la prueba es que hoy se marcha
sólo por su voluntad:
la esperan siete en Madrid.
LUIS. Es falso!
BLASA. Oculta ahí detrás
lo he escuchado de sus labios.
LUIS. Oh! Lo voy á averiguar!
Mas sepa usted que aunque todo
sea triste realidad,
usted no logra su objeto
BLASA. Eh?
LUIS. Porque se muera en paz
mi padre, yo callaré,
me uniré sin vacilar
á Asuncion; mas por desgracia
muy cerca mi padre está
de abandonarnos; y al verme
libre yo de ese dogal
y de acuerdo con mi prima,
que ya ha aprobado mi plan,
cojo toda nuestra hacienda,
me la reduzco á metal
y Asuncion se va á un convento
y yo por ahí á olvidar.
BLASA. Jesús!
LUIS. Y me llevo á Frutos
y á Frasquito...
BLASA. Ay, que me da!
LUIS. Y usté se queda aquí sola
sin tener á quien mirar
siquiera!
BLASA. Qué desalmado!
No tienes ni caridad!
LUIS. Pues la tiene usted de mí?
BLASA. Corazon de pedernal!
Mas no creas que me asustas.

LUIS. Que no?
BLASA. Qué me has de asustar?
Yo mando en mi hija; ¿lo entiendes?
y una vez casados ya,
veremos quién lleva el gato
al agua.
LUIS. Sí.—Dónde vas
con eso? (Viendo entrar á Frutos.)

ESCENA IX.

DICHOS, FRUTOS, que viene con una maleta y una caja de pinturas.

FRUTOS. Toma! De viaje!
LUIS. De viaje?
FRUTOS. Pues claro está!
Me voy siguiendo á mi dama;
para eso soy su galan.
Y como sé que te quiere
porque tú sabes pintar,
me voy á Madrid y aprendo
y á mí tambien me querrá.
LUIS. Trae esa caja!
FRUTOS. En seguida! (Negándose)
BLASA. Frutos!
LUIS. Que no me la das?
FRUTOS. No: tiene dentro un retrato
de Balbina al natural,
y es para mí.
LUIS. (Muy indignado.) Mira Frutos,
que estoy hecho ahora un volcan
y...
BLASA. Dásela, que es un tigre!
FRUTOS. Yo soy un oso de mar
y le disputo la novia.
LUIS. Tú disputarme?
BLASA. San Blas!
LUIS. Si ahora no fueras mi hermano
(Cogiendo á Frutos por las solapas y zarandeándole.)
BLASA. Luis! (Conteniéndole.)
LUIS. Y tu cuerpo y tu edad

y tus bríos fueran otros,
había en tí de saciar
esta sed en que me abraso
y que ya ahogándome va.
(D. Andrés ha aparecido en la puerta del foro, seguido de D. Roman y Frasquito, y á su tiempo, y cuando estos quieren hablar, exclama: «Silencio!»)

LUIS. Trae!

ANDRÉS. (Silencio!)

FRUTOS. Que no quiero!

LUIS. (Cogiendo á Frutos por un brazo, haciéndolo caer sobre una butaca y arrancándole al propio tiempo la caja.)
Infeliz!

BLASA. Muchachos!

FRUTOS. Ay! (Lloriqueando.)
Cuando yo haga más gimnasia
y sepa ya pulsear!...

ANDRÉS. Mi carácter! (Orgulloso á D. Roman.)

FRUTOS. Soberbioso!
Fratricida!...

ANDRÉS. Basta ya!

ESCENA X.

DICHOS, D. ANDRÉS, D. ROMAN, FRASQUITO

BLASA. Tu padre! (Á Luis.)
(Á D. Andrés.) Á buen tiempo viene!

LUIS. Padre!
(Casi á un tiempo.)

BLASA. Tu hijo!...

ANDRÉS. Callad;
ya hablaremos. Ahora idos.
(Movimiento de Doña Blasa y Luis.)
Que os retireis!

LUIS. Bien está.

FRASQ. (Al oido de Luis.)
Vaya usted, que están solitas!

LUIS. (Voy!)

BLASA. (Qué cuchichearán?)

(Por Luis y Frasquito. Luis sale de la escena.)

FRUTOS. (Como que yo no me escapo!)

BLASA. (Al oido de D. Andrés.)
Que no te dejes pescar!...
Tu amigo es un trucha!...
(Movimiento de Andrés indicando á Blasa que se aleje, la cual obedece llevándose á Frutos.)
Frutos!
(Á Frasquito al salir.) Trapalon!

FRASQ. Vieja infernal!

ESCENA XI.

D. ANDRÉS, D. ROMAN y FRASQUITO.

ROMAN. Habla, Andrés, que el tiempo pasa.
Qué me tienes que decir?

ANDRÉS. Piensas que he de consentir
que te salgas de mi casa
con tu hija de ese modo,
cuando quizá y sin quizá
sea la última vez ya
que nos vemos? Qué es, pues, todo?
(Ganemos tiempo.) Balbina,
sin darla un grano de anis,
va á desengañar á Luis,
puesto que ella á quien se inclina
es al otro.

FRASQ. (Eh?)

ROMAN. (Fingirá;
la conozco... Desdichada!)

ANDRÉS. Despues... cuestion terminada.

FRASQ. (Al otro? quiere á otro? Bah!
Será una trola!)

ROMAN. No, Andrés,
me marcho y me marcho hoy;
y no creas que me voy
quejoso de tí, no: es
conmigo, conmigo, sí;
á nadie debo culpar,
porque yo he dado lugar
á que tú dudes de mí

con mis teorías raras,
con mi afan en oponerme...
¿Quién me mandó á mí meterme
en camisa de once varas?

ANDRÉS. Eso no; tú eres muy dueño,
y ademas yo no he dudado
de tí.

ROMAN. Si yo el pie te he dado
al mostrar tan gran empeño
en que ese enlace no hicieses
y merezco tu desden.

ANDRÉS. No, Roman, tú has hecho bien;
una cosa es que confieses
que un error me sostenías...

ROMAN. Eso nunca lo confieso.

ANDRÉS. Pero, hombre, si todo eso...

ROMAN. Qué?

ANDRÉS. Son vanas teorías...

ROMAN. Hijas de estudio constante
y que el tiempo ha sancionado,

ANDRÉS. ¿Y si yo que no he estudiado
te pruebo ahora en un instante
lo contrario con un hecho
que ha pasado ante tus ojos,
caerás ante mí de hinojos?
Te quedarás satisfecho?

ROMAN. Sí.

ANDRÉS. Frasquito, ven aquí;
quiero que testigo seas.
Oye bien, para que veas
que le venzo.

ROMAN. Vamos, dí.

ANDRÉS. Tú sabes bien que mi esposa
era mi prima, ¿verdad?
y que en bien temprana edad
bajó la pobre á la fosa.
Pues bien, la cosa es clarísima.
Dos vástagos me dejó;
Frutos que enfermo nació
y Luis...

FRASQ. (María santísima!)

ANDRÉS. Por desgracia mia y suya.

Frutos comprueba tu aserto;
mas si tú estás en lo cierto,
si esa teoría tuya
diera resultados fijos,
Luis sería como aquel.

ROMAN. (Por vida!... (Contrariado.)

FRASQ. (Mi coronel!)
(Como queriendo imponer silencio á D. Andrés.)

ANDRÉS. No son acaso mis hijos?
los dos? ¿y Luis no atesora
carácter, fibra, energía,
salud, valor, bizarría
y á más, la luz brilladora
del genio? Hace un momento
no viste cuando han reñido,
que Luis á Frutos ha hundido
en el fondo de ese asiento
con solo oprimir su mano?

ROMAN. Sí.

ANDRÉS. Y aún me disputarás?

FRASQ. (Vamos, yo no aguanto más.)

ANDRÉS. No es el uno de otro hermano?

ROMAN. Y qué?

ANDRÉS. Y aunque no te cuadre...

FRASQ. (Me va á matar!)

ROMAN. (Vive Dios!)

ANDRÉS. Responde; ¿no son los dos
hijos de una misma madre?

ROMAN. Sí, sí.

ANDRÉS. Pues cómo inocente
me niegas lo que estás viendo?

ROMAN. Te diré...

FRASQ. Que está usté haciendo
un movimiento envolvente. (Á D. Andrés.)

ROMAN. Será una excepcion.

ANDRÉS. Sí, eh?
Nada, tu ciencia delira.

FRASQ. Que las balas que usted tira
le van á pegar á usté. (Á Andrés.)

ANDRÉS. He ganado la cuestion.
(Regodeándose en el triunfo que cree haber obtenido.)

ROMAN. Un caso...
FRASQ. (Maldita sea!...)
ANDRÉS. Como otros muchos.
ROMAN. No.
FRASQ. Ea!
Tercio yo en la discusion?
(Que ha estado toda la escena queriendo hablar sin atreverse á hacerlo.)
ANDRÉS. Sí, dí lo que se te antoje.
FRASQ. (Qué demonio! Yo me atrevo!)
Diga usté, y si yo le pruebo
ahora, sin que se enoje,
por qué hay tan gran diferencia
entre Luis y Frutos?
ANDRÉS. Eh?
Qué dices?
FRASQ. Responda usté:
se inclinará ante la ciencia
de don Roman? Si no fuera
(Gran interés en los dos viejos.)
don Luis lo que ahora parece...
Seguirá usted en sus trece?
Dejará que con quien quiera
se case?
ANDRÉS. Sí; mas no entiendo...
FRASQ. Ha dicho que sí: ¿usté ha oido?
(Á D. Roman.)
Usté engañado ha vivido
hasta hoy; yo obedeciendo
la consigna que tenía
de la que fué mi señora,
guardé silencio hasta ahora;
pero al fin ya llegó el dia
de hablar.
ANDRÉS. Qué quieres decir?
Que ya mi cólera estalla?
FRASQ. Póngase usted de muralla, (Á D. Roman.)
porque me va á dividir.
(Frasquito recorre la escena, se entera bien de que nadie escucha y dice:)
Esperando *la de Dios*
estaba la coronela,

y de canton á Tudela
marcharon ustedes dos.
Cuidando de la señora
yo en la córte me quedé
por expresa órden de usté
hasta salir de su hora.
Dias ántes á la pila
(Echando á su amo miradas significativas y con cierto recelo.)
álguien... llevar me mandó
un niño... Dije algo yo?
(D. Andrés sumamente contrarido quiere hacerle callar.)
Digo la historia?
(Movimiento de indignacion en D. Andrés, y al verle en tal estado Frasquito hace la pregunta.)

ANDRÉS. No!
ROMAN. Dila.
FRASQ. En el instante que el cura
me proguntó y dije: *volo*,
aquel niño no era solo,
pues nació otra criatura
que aunque no hijo de pecado
y más hermoso que un cielo,
sólo vivió en este suelo
para en él ser bautizado!
Al par que su alma volaba
á gozar de Dios la gloria,
el hijo de impura historia
sin madre el pobre quedaba!
ANDRÉS. Infeliz!
ROMAN. Por un error!...
ANDRÉS. (Entre dientes.)
Sí, sí, por mi conducta insana!
FRASQ. Me acordé de la gitana
maldita del *Trovador*.
ROMAN. Y qué?
ANDRÉS. Habla!
(Estúdiese bien este momento. D. Andrés y Don Roman caminan de sorpresa en sorpresa, y por lo tanto el interés y la ansiedad deben ser crecientes.)

FRASQ. Con colores
que saqué de mi memoria,
le conté al ama la historia
de aquellos tristes amores.
Se enterneció, me bendijo,
quedó usté como buen padre,
y así el hijo halló una madre
y la madre halló otro hijo.
Si hice mal, máteme usté,
sí no... deme usté esa mano!

ANDRÉS. (Sumamente conmovido y abriendo los brazos á Frasquito.)
Ven acá, buen veterano!
Oh! nunca te pagaré!...

FRASQ. Á mí pagarme?

ANDRÉS. Sí; cuánta
nobleza y qué corazon!

FRASQ. Si la gloria de esta accion
no es mia... es de aquella santa.
(Señalando al cielo.)
Sin ella, sin su alma hermosa,
¿yo qué hubiera conseguido?
Si aún no está usté convencido,
lea usted, es de su esposa.
(Sacando del pecho un escapulario y de él una carta. Al entregarla á D. Andrés, le dice como repitiendo de memoria estas frases.)
«Frasquito; si llega un dia
que á este desdichado niño
quieren matar su cariño
cual mataron la alegría
de aquella á quien llama madre,
—dijo al morir la señora,—
ántes que llegue esa hora,
dale esta carta á su padre.»

ANDRÉS. Trae! Qué dirá, Dios clemente?
(Casi sin atreverse á abrirla. Frasquito ve esto y dice.)

FRASQ. Quiere usté que lea yo?
Su esposa me la leyó
y la tengo muy presente.
(D. Andrés entrega la carta á Frasquito, que la

lee con naturalidad y sin afectacion de ningun género.)

«Siguiendo la tradicion
de nuestros antepasados,
nuestros padres, obcecados,
concertaron nuestra union,
sin comprender que dos palmas
de martirio así nos dieron,
pues si nuestra sangre unieron,
no unieron nuestras dos almas.
Por no aumentar los dolores
que iban tu vida acabando,
para tí he muerto ignorando
la historia de tus amores.
Murió nuestro hijo querido
y á otro hijo mi sangre dí,
pagando la esposa así
desaciertos del marido!
De una pecadora al par
nuestro hijo al cielo voló.
Cuna que un ángel dejó
otro ángel vino á ocupar!
En él hallé mi consuelo.
Celos sentir no podía.
Rosario me bendecía
al mirarme desde el cielo!»

ANDRÉS. (Qué leccion!)

FRASQ. (Á D. Roman.) Hemos vencido!

ROMAN. Andrés!

FRASQ. Señorito!... Aquí.

(Frasquito llamando por el balcon.)

ANDRÉS. Pagando la esposa así
desaciertos del marido!

FRASQ. Pronto!

ANDRÉS. (Á Roman.) Perdon!

ROMAN. Eso á Dios!

FRASQ. (Cuál no será su alegría!)

ROMAN. No sepan... (Á Frasquito.)

FRASQ. Ave María!

(D. Andrés estrecha con efusion la mano á D. Roman demostrándole así su gratitud.)

BALB. Ya estamos aquí los dos.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, BALBINA y LUIS, despues DOÑA BLASA, ASUNCION y FRUTOS.

FRASQ. De frente! (Á Luis y Balbina.)
LUIS. Padre!
ANDRÉS. Oh! venís
á buena ocasion! Casaos.
Sed felices! Abrazaos!...
LUIS. Oh! mi Balbina!
BALB. Mi Luis!
Padre mio!
ROMAN. Ese es tu esposo;
y regañarte debiera
por no haber sido sincera
conmigo.
ANDRÉS. (Á Luis.) Sé venturoso.
FRASQ. Esto se llama ganar
un combate.
BALB. Don Andrés!
ANDRÉS. No, tu padre.
BALB. Qué bueno es!
FRASQ. Pues no quisiera llorar?
Llorar yo? Cierra la boca;
Frasquito! Yo llorar? Oh!
(Haciendo esfuerzos por contenerse.)
Quién dice que lloro yo?
Hombre si soy una roca.
BALB. Oh! Frasquito!
ANDRÉS. Á ese intrigante
le debeis mucho!
BALB. (Acariciándole.) Es más guapo!
FRASQ. Que voy á soltar el trapo
y está el ceronel delante.
ANDRÉS. (Al cabo casas á tu hija
con un...) (Ap. á Roman.)
ROMAN. Hombre muy de bien
(Sin dejarle concluir.)
y muy buen mozo y á quien
quiero mucho: no te aflija

lo que ya está remediado.
Te cegaba un desvarío.
Mira qué grupo.
(Señalando al que forman Luis y Balbina. Doña Blasa, seguida de su hija, sale y ve el cuadro exclamando.)

BLASA. Ay Dios mio!
Que ya le han engatusado!
Vámonos, vámonos de aquí.

ANDRÉS. No te insurrecciones, Blasa.

ASUNC. (Qué dicha!)

ANDRÉS. Asuncion se casa.
con el cadete.

BLASA. Ay de mí!

FRASQ. Bah! Si todo se concilia!

BLASA. Quite usté! Y usté me viene
á hablar?

FRASQ. Si el cadete tiene
el sello de la familia
tambien!

BLASA. Qué negra traicion!

FRASQ. Se llama Castro.

BLASA. Lo dudo.

FRASQ. Y tambien tiene en su escudo
tres calderas y un tizon.

ANDRÉS. Deja, yo la amansaré.

LUIS. Tia!

ASUNC. Mamá!

BALB. Tia mia!
(Los tres en tono de súplica.)

BLASA. Oiga usté, yo no soy tia
de nadie, y menos de usté!

FRUTOS. (Á la letra lo he copiado.)
(Que sale con un papel en la mano, se coloca delante de D. Ramon y le dice en tono muy trágico.)
«Escucha, mal que te aflija.
Ó tu deshonra ó tu hija!
Decídete!

ROMAN. Desgraciado!

FRUTOS. Que yo me quiero casar
con Balbina!

(Pataleando y lloriqueando.)

ANDRÉS. Bien; más tarde.

FRUTOS. (Á Luis.) Es más hermosa! Cobarde!

BALB. Pobre?

FRUTOS. Te la he de quitar.

FRASQ. (Llevándose á Frutos á un lado.)
Sabes tú por lo que creo
que tú no te casas?

FRUTOS. No.

FRASQ. Pues por lo mismo que yo
no me he casado, por feo,
y tú eres más que el demonio.
Cuántos males se evitáran
si los padres recordáran
á EL CURA DE SAN ANTONIO.

FIN DE LA OBRA.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1879.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Las citas de Carlota.....	1	D. Luis Cocat.....	Todo.
Perdido por mil.....	1	E. Navarro.....	»
Primera carta de amor.....	1	E. Navarro.....	»
En la piedra de toque.....	3	E. Alvarez Gimenez.	»

3 0112 115871813

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.